



Arzobispado Castrense de España

LA PUERTA DE LA FE

EN LA FAMILIA CASTRENSE

PLAN PASTORAL

2011-2015

- CUARTO AÑO -



Señor,
que tu gracia inspire,
sostenga y acompañe
nuestras tareas
desarrollando este Plan Pastoral,
para que nuestro trabajo
comience en ti,
como en su fuente,
y tienda siempre a ti,
como a su fin.

Por Jesucristo nuestro Señor.

Amén.

ARZOBISPADO CASTRENSE DE ESPAÑA

LA PUERTA DE LA FE
EN LA FAMILIA CASTRENSE

PLAN PASTORAL
2011-2015
- CUARTO AÑO -



CATECISMO JOVEN DE LA IGLESIA CATÓLICA

**¡ESTUDIAD EL CATECISMO!
ES MI DESEO MÁS ARDIENTE.**

(Benedicto XVI)



PRESENTACIÓN DEL ARZOBISPO CASTRENSE DE ESPAÑA

MADRID A 15 DE OCTUBRE DE 2014
FIESTA DE SANTA TERESA DE JESÚS
V CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

EVANGELIZADORES QUE ORAN Y TRABAJAN

Nuestro Plan Pastoral “*La puerta de la fe en la familia Castrense*”, 2011-2015, es todo un recorrido por el *Catecismo de la Iglesia Católica* (CAT), del que en el curso 2014-2015 llegamos a la IV parte (nn. 2558-2856), la cual consagra la primacía de la vida espiritual para ser verdaderos trabajadores de “la Viña del Señor” y misioneros de la alegría del Evangelio en el mundo¹.

Esta última parte del *Catecismo* es mucho más breve que las demás, y queda perfectamente inserta en el contexto general, como lo expresa la misma Constitución Apostólica que lo promulga: “las cuatro partes se articulan entre sí: el misterio cristiano es el objeto de la fe (primera); es celebrado y comunicado en las acciones litúrgicas (segunda); está presente para iluminar y sostener a los hijos de Dios en su obrar (tercera); es el fundamento de nuestra oración, cuya expresión privilegiada es el padrenuestro, que expresa el objeto de nuestra petición, de nuestra alabanza y nuestra intercesión” (n. 3).

¹¹ Cf. Francisco, Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium* (EG), Roma 2013.

El presente curso es el broche de oro de este cuatrienio pastoral en nuestro Arzobispado Castrense de España, ya que el misterio de la fe “exige que los fieles crean en él, lo celebren y vivan de él en una relación viva y personal con Dios vivo y verdadero. Esta relación es la oración”².

Por otra parte acontece la feliz circunstancia de que este último curso de nuestro recorrido pastoral diocesano, viene enmarcado por la celebración en Roma del Sínodo de los Obispos sobre la Familia en dos sesiones (extraordinaria en octubre de 2014 y ordinaria en octubre de 2015), y además coincide con la celebración del Año Jubilar con motivo del V Centenario del Nacimiento de santa Teresa de Jesús, que nos enseña a ser “amigos fuertes de Dios en tiempos recios”.

De esta insigne mística española del siglo XVI, patrona del Cuerpo de Intendencia del Ejército de Tierra, dijo Benedicto XVI: “Santa Teresa de Jesús es verdadera maestra de vida cristiana para los fieles de todos los tiempos. En nuestra sociedad, a menudo carente de valores espirituales, santa Teresa nos enseña a ser testigos incansables de Dios, de su presencia y de su acción; nos enseña a sentir realmente esta sed de Dios que existe en lo más hondo de nuestro corazón, este deseo de ver a Dios, de buscar a Dios, de estar en diálogo con él y de ser sus amigos. Esta es la amistad que todos necesitamos y que debemos buscar de nuevo, día tras día. Que el ejemplo de esta santa, profundamente contemplativa y eficazmente activa, nos impulse también a nosotros a dedicar cada día el tiempo adecuado a la oración, a esta apertura hacia

² CAT, n. 2558.

Dios, a este camino para buscar a Dios, para verlo, para encontrar su amistad y así la verdadera vida; porque realmente muchos de nosotros deberían decir: «no vivo, no vivo realmente, porque no vivo la esencia de mi vida». Por esto, el tiempo de la oración no es tiempo perdido; es tiempo en el que se abre el camino de la vida, se abre el camino para aprender de Dios un amor ardiente a él, a su Iglesia, y una caridad concreta para con nuestros hermanos” (audiencia general, miércoles 2 de febrero de 2011).

Esa primacía de la oración, la encontramos ya en los orígenes de la Iglesia, en los cuales el libro de los Hechos de los Apóstoles, nos narra en primer lugar cómo “todos ellos perseveraban unánimes en la oración” (Hch 1, 14), haciéndonos ver que la acción misionera nace de la contemplación. El envío evangelizador de Pentecostés se realiza en el contexto de la plegaria en común (cf. Hch 2, 1ss). De ahí que podamos afirmar desde el principio que cuando baja el celo apostólico es porque está seco el “pantano” de la oración.

1. La oración como forma de ser y vivir

La cultura de la secularización es dominante en la sociedad en que vivimos, y de alguna manera se ha infiltrado en algunos fieles, sacerdotes, religiosos y comunidades cristianas. Hoy parece que Dios ha desaparecido del horizonte del hombre. La pérdida total del sentido de trascendencia, equivaldría simplemente a la soledad más absoluta y como consecuencia a la deshumanización.

Sin embargo, el actual “homo digital”, al igual que el de la caverna, busca en la experiencia religiosa los caminos para superar su finitud y para asegurar su precaria aventura terrena. Las ciencias y tecnologías modernas no tienen respuestas a los grandes interrogantes del corazón humano, desde donde brotan la búsqueda espiritual y la necesidad de relación con el Supremo, porque como dice el Concilio Vaticano II: “el hombre es invitado al diálogo con Dios desde su nacimiento” (GS 19)³. A pesar de todo el secularismo cultural, se observa en muchos ambientes una vuelta a la espiritualidad, al silencio, a recuperar la riqueza de la plegaria, frente al consumismo materialista e individualista que enfría el alma y lleva al hombre al vacío de la desesperanza.

La esencia de la oración cristiana, a diferencia de otras religiones, es entrar en comunión con el Dios Uno y Trino, donde el sujeto no se confunde con el Altísimo, no se incorpora por medio de fórmulas esotéricas o mucha palabrería (cf. Mt, 6, 7). San Juan Damasceno afirma que “la oración es la elevación del alma a Dios o la petición de bienes convenientes”⁴. Esta expresión encierra un reconocimiento práctico de la soberanía divina, de nuestra absoluta indigencia humana, y la necesaria vinculación existencial con el Ser que nos fundamenta. En Cristo, esta relación fue una experiencia natural, ya que “el

³ “El deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios; y Dios no cesa de atraer al hombre hacia sí, y sólo en Dios encontrará el hombre la verdad y la dicha que no cesa de buscar” (CAT, n. 27).

⁴ Cita del CAT, n. 2559 y añade más adelante: “la humildad es la base de la oración. La humildad es una disposición necesaria para recibir gratuitamente el don de la oración: el hombre es un mendigo de Dios”.

Verbo era Dios” (Jn 1, 1), y Jesús pudo decir con verdad “yo y el Padre somos uno” (Jn 10, 30). La oración era para él como la respiración, indispensable para vivir.

Partiendo de la actitud coloquial de Cristo con el Padre, santa Teresa de Jesús definirá la oración como un “tratar de amistad”⁵, un diálogo de familiaridad y amor con Aquel que lo sabe todo (cf. Mt 6, 8). Esto no se reduce a unos momentos o ratos privilegiados, sino que marca toda la existencia cristiana: “todo lo que de palabra o de obra realicéis, sea todo en nombre de Jesús” (Col 3, 17; cf. 1Cor 10, 31). La oración es, por tanto, una forma de ser y de vivir. Por eso mismo, el que reza siente la compañía de la presencia del amor divino que es más fuerte que la soledad del pecado, y a la vez su voz suplicante se entrelaza con los otros cristianos en la Iglesia. Además, es la escuela de los verdaderos evangelizadores, donde se aprende el misterio de Cristo, la verdad sobre nosotros mismos, y el difícil ejercicio de pasar de sí mismo a los otros⁶.

2. Orar siempre, como Jesús nos enseñó

La importancia de la oración está clara en los evangelios, en la Tradición de los Padres y de los grandes santos, y en el Magisterio de la Iglesia. El verdadero discípulo de Jesucristo es aquel que hace lo que hizo el Maestro. Así,

⁵ Santa Teresa, *Vida*, 8, 2. Estando ya inmersos en la celebración del quinto centenario del nacimiento de esta española universal y doctora de la Iglesia, mencionaremos a veces su pensamiento sobre la oración que: “no es otra cosa oración, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama” *Vida*, 8, 5.

⁶ Cf. *Benedicto XVI*, Castelgandolfo 25.7.2010.

vemos cómo los grandes momentos de la vida del Señor están precedidos de largos ratos de diálogo íntimo con su Padre, pidiendo por sí y por los demás. El mismo Cristo exhortó a sus discípulos a que orasen en todo tiempo y lugar. Les enseñó cómo dirigirse a Dios a través de la oración del Padrenuestro (Lc 11, 2-4), de la cual decía san Agustín: “recorred todas las oraciones que hay en las Escrituras, y no creo que podáis encontrar algo que no esté incluido en la oración dominical”⁷. De ahí, que pronunciarla no es algo puramente formal o exterior (cf. Mt 6, 6). Hay que tener conciencia de que es un gran regalo del Señor. Se nos concedió su Espíritu para que sus peticiones fueran dichas con autenticidad de corazón. En las siete súplicas está sintetizado todo lo que es Dios para nosotros y cuáles son las genuinas necesidades del hombre (cf. Mt 6, 9-13). Por eso mismo, la oración cristiana se hace en nombre de Jesús, porque siendo hombre conoció nuestras miserias y como es Dios Salvador, hace de lo “imposible lo posible”⁸.

La Iglesia “entrega” la oración del Señor a los neófitos, en el bautismo y la confirmación. En la eucaristía se encuentra al finalizar la plegaria eucarística y antes de la comunión, con lo cual recapitula las intercesiones de la asamblea y las introduce en el banquete del Reino, anticipado por la comunión sacramental⁹.

⁷ Cita del CAT, n. 2762.

⁸ Santo Tomás de Aquino en su comentario al Padrenuestro nos dice que la oración debe ser: “segura, recta, ordenada, devota y humilde” (*Opúsculos y cuestiones selectas IV*, Madrid 2007, 1030-1032).

⁹ E. Yanes Álvarez (Dir.), *Itinerario de formación cristiana para adultos*, 4. Conferencia Episcopal Española (CEAS), (Madrid 2014) 142.

3. Oración y evangelización

Tanto la oración individual, como cuando nos reunimos con los otros cristianos, requiere: fidelidad, confianza, perseverancia y veneración. Según las circunstancias, la oración puede ser de: perdón, alabanza, adoración, intercesión, petición o acción de gracias¹⁰. Atendiendo a las facultades humanas tenemos la oración vocal y la oración contemplativa¹¹. Igualmente, el cristiano no sólo tiene el deber de orar en privado (cf. Mt 6, 5-7), sino también está llamado a la participación en la sagrada liturgia de la Iglesia, en especial en la Eucaristía dominical, en el rezo de la Liturgia de las Horas, y en otros actos celebrativos y devocionales que son expresiones de la oración pública del Pueblo de Dios y que manifiestan la dimensión social de la evangelización¹².

Es cierto el axioma que dice: “dime cuándo, cuánto y cómo rezas y te diré la fe que tienes”. Así, el papa Francisco en su primera encíclica *Lumen fidei*, pone de manifiesto cómo la fe produce la oración, y la oración origina a su vez la firmeza de la fe (cf. nn. 40-46). También en la exhortación programática *Evangelii Gaudium*, aborda la oración en relación a la acción evangelizadora de la Iglesia y de cada uno de sus

¹⁰ Cf. CAT, n. 2623-2643.

¹¹ Cf. CAT, n. 2700-2719. Santa Teresa decía: “No penséis que se saca poca ganancia de rezar vocalmente con perfección. Os digo que es muy posible que estando rezando el *Paternóster* os ponga el Señor en contemplación perfecta, o rezando otra oración vocal” *Camino de Perfección*, 25, 1. Sobre la meditación dirá: “que no está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho” *4 Las Moradas*, 1, 7.

¹² Cf. Concilio Vaticano II, SC, n. 12.

miembros, afirmando que “el predicador necesita acercarse a la Palabra de Dios con un corazón dócil y orante, para que ella penetre a fondo en sus pensamientos y sentimientos y engendre dentro de sí una mentalidad nueva... Un predicador es un contemplativo de la Palabra y también un contemplativo del pueblo” (nn. 149. 154).

Hay que evitar toda oposición o alternativa entre la oración y el compromiso con los demás. Cuanto más amemos al prójimo, más necesidad sentimos de saciarnos de la fuente del amor que es Dios, el cual nos habla en la oración. Los actos orantes son signos de la forma de ser y vivir de los auténticos evangelizadores que trabajan por extender el Reino de Cristo. La oración es la primera piedra de toda acción misionera. Ella es en sí presencia apostólica y no sólo disposición para luego comprometerse. ¡Quien a Dios se acerca se siente enviado! Dice el actual Obispo de Roma: “Desde el punto de vista de la evangelización, no sirven ni las propuestas místicas sin un fuerte compromiso social y misionero, ni los discursos y praxis sociales y pastorales sin una espiritualidad que transforme el corazón... Siempre hace falta cultivar un espacio interior que otorgue sentido cristiano al compromiso y a la actividad. Sin momentos detenidos de adoración, de encuentro orante con la Palabra, de diálogo sincero con el Señor, las tareas fácilmente se vacían de sentido, nos debilitamos por el cansancio y las dificultades, y el fervor se apaga”¹³.

El testimonio cristiano en medio de nuestra sociedad, debería ser un tratado de oración en la acción, algo que por sí

¹³ Francisco, EG n. 262.

mismo ayudara a los hombres contemporáneos a encontrarse nuevamente con el Dios Amor manifestado en Jesucristo.

Es por ello, que la nueva evangelización pasa por lo que un día afirmaba el venerable Pablo VI: “La Iglesia ha de ser escuela de oración o no será nada”. Esto lo han entendido muy bien muchos capellanes cuando en sus unidades, cuarteles, academias y demás centros militares, de la guardia civil y de la policía, han sabido potenciar y crear grupos de oración, pequeñas iniciativas de adoración eucarística, rezo de algunas partes de la liturgia de las horas, reuniones bíblicas, etc.... También en misiones internacionales no han faltado los actos devocionales del Vía crucis, celebraciones de los patronos y otros actos religiosos habituales como es la oración por los soldados de todos los tiempos que dieron su vida por España. Como prueba de todo ello, ahí están publicaciones como el *Manual del Capellán. Actos religiosos castrenses*, del Arzobispado Castrense (1995) –en fase ahora de actualización–; o también *Las armas de la fe. Manual del militar católico*, publicado por nuestro Arzobispado en 2012 y que va por la segunda edición.

Podemos decir que en muchos de nuestros fieles se ha dado aquello de la Santa abulense: “empecé a orar sin saber qué es orar”¹⁴. El cultivo y el gusto por la oración se hacen muy necesarios para estos hombres y mujeres que por su vocación y profesión militar tienen que afrontar situaciones de tremendo dolor y muerte. En esos momentos, el hombre

¹⁴ Santa Teresa, *Vida*, 1,6. En *Camino de Perfección*, dirá más claramente que “la oración es principio para alcanzar todas las virtudes y cosas que nos va la vida comenzarla todos los cristianos” 6, 3.

experimenta el sentimiento religioso natural, eleva su mirada hacia el Misterio suplicando una respuesta ante lo incomprensible, e implora consuelo interior mediante una sencilla oración a Dios. Por eso, enseñar a orar es evangelizar. Es una de las tareas más bellas del capellán, porque quien reza nunca está solo y en muchas ocasiones nuestros soldados, guardias civiles y policías, se sienten solos y necesitan de ese “trato de amistad”, que diría la patrona de Intendencia, santa Teresa de Jesús.

4. La oración no es algo inútil

El hombre pragmático se pregunta de inmediato: ¿Qué se saca de la oración? ¿Vale la pena una vida dedicada al silencio y a la oración? ¿Cuáles son sus beneficios? Pues bien, el Señor Jesús dijo: “por sus frutos los conoceréis” (Mt 7, 20). A los orantes en “espíritu y verdad” (Jn 4, 23) se les conoce porque saben entrar en su “bodega interior” y ello les libra de la superficialidad. No se asustan de sus pecados, sino que se abren a la misericordia divina. Encuentran luz y fuerza para hacer mejor el trabajo en la milicia y en la vigilancia de la seguridad y libertad ciudadanas. Para cumplir las obligaciones y deberes con la propia familia, con el prójimo y con la sociedad. Purifican sus conciencias, mejoran la conducta, crecen en el ejercicio de las virtudes humanas y sobrenaturales y a la vez están vigilantes frente a los enemigos del alma.

Mediante la plegaria, los cristianos encontramos fortaleza para sobrellevar la cruz de cada día, endulzar las penas, hacer posible el amor a nuestros enemigos, aprendemos

a perdonar y a no responder con la venganza. Además, con nuestras peticiones a Dios por los hermanos, no sólo mostramos nuestra solidaridad con los que sufren en este “valle de lágrimas”, sino también socorremos las almas de los que murieron en la paz de Cristo o en otras circunstancias personales, sólo conocidas por Dios.

Estos y otros muchos frutos de la oración cristiana nos hacen más humanos y constructores de la paz, de la justicia y del amor. ¡Quienes rezan contribuyen al bien común de la sociedad! Por eso mismo, san Juan Pablo II nos decía: “¡No dejéis de orar! ¡Que no pase un día sin que hayáis orado un poco! La oración es un deber, pero también es una gran alegría, porque es un diálogo con Dios por medio de Jesucristo. Cada domingo, la santa Misa, y si os es posible, alguna vez también durante la semana; cada día, las oraciones de la mañana y de la noche y en los momentos más oportunos”¹⁵.

5. El gusto espiritual por servir en el campo pastoral castrense

¿Que esperan nuestros fieles militares, guardias civiles y policías de los capellanes castrenses? ¿No se observa entre nosotros cierta rutina, cansancio y desilusión? ¿Qué motivaciones han de impulsar a sacerdotes y seglares de la milicia para un renovado impulso misionero en nuestra Iglesia particular?

¹⁵ Juan Pablo II, *Homilía*, Roma 14.3.1979.

Lo que se espera del páter es que sea un verdadero hombre de Dios. Su sola presencia debería ser un referente de los valores humanos, castrenses y espirituales que deben anidar en el corazón de un buen soldado. Para ello, ha de tener muy claro que únicamente se “ha desposado” con la “gloria de Dios y el bien de las almas” (cf. Mt 12, 34). A la vez, siguiendo el pensamiento del Papa actual, ha de ir a las “periferias existenciales” de unidades, cuarteles y demás destinos militares. También ha de cultivar el “olfato” pastoral y cercanía con los de “arriba y los de abajo”, como diría san Pablo: “porque siendo libre como soy, me he hecho esclavo de todos para ganar los más posibles... y todo lo hago por causa del Evangelio, para participar yo también de sus bienes” (1Cor 9, 19. 25). La *auctoritas* del capellán, no deviene sólo por lo meramente organizativo y administrativo (aun siendo necesario). El “liderazgo moral” se alcanza por la entrega y disponibilidad permanente en su puesto en aquello que haga falta. Sobre todo, por la coherencia de vida sacerdotal que manifiestan sus palabras y obras. Un auténtico capellán castrense es aquel que tiene grabado en su alma de pastor el “*ora et labora*” (san Benito) por los “centinelas de la paz”.

Siendo realista, no es exagerado afirmar que en la actualidad se percibe cierto cansancio pastoral, un desánimo de ser cristiano; es lo que Pío XII denominó el “cansancio de los buenos”. También está el “cansancio de afrontar problemas y situaciones difíciles que nunca terminan”. Por último, está el “cansancio de nuestros propósitos” que no cumplimos, de nuestros objetivos que no alcanzamos, de nuestras metas a las que no llegamos casi nunca. Sin embargo el papa Francisco,

conociendo esta situación que amenaza a cualquier evangelizador –sea sacerdote, religioso o laico–, nos ayuda con estas hermosas palabras: “ante el desaliento que podría haber en la vida en quien trabaja en la evangelización o en aquellos que se esfuerzan por vivir la fe como padres y madres de familia, o como pastores, quisiera decirles con fuerza que tengan siempre en el corazón esta certeza: Dios camina a su lado, en ningún momento los abandona. Nunca perdamos la esperanza. Jamás la apaguemos en nuestro corazón”¹⁶.

Con la esperanza puesta en Jesucristo, que nunca defrauda, hemos de recuperar algunas motivaciones que nos ilusionen a trabajar apostólicamente con más intensidad en el mundo castrense. Tanto sacerdotes como laicos nos debemos sentir amados y salvados por Cristo. Nadie nos puede separar de ese amor, dirá san Pablo (cf. Rom 8, 31-39). Por eso afirma el papa Bergoglio: “la mejor motivación para decidirse a comunicar el Evangelio es contemplarlo con amor, es detenerse en sus páginas y leerlo con el corazón... Para eso urge recobrar un espíritu contemplativo, que nos permite redescubrir cada día que somos depositarios de un bien que humaniza, que ayuda a llevar una vida nueva”¹⁷.

El entusiasmo evangelizador en nuestro campo específico castrense, surge cuando estamos convencidos de la alegría que produce el anuncio del mismo Evangelio: “quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento”¹⁸. Siguiendo el *Catecismo*

¹⁶ Francisco, *Homilía*, 24.7.2013.

¹⁷ Francisco, EG n. 264.

¹⁸ *Ibid*, n. 1.

de la Iglesia Católica, damos a conocer a Jesucristo, enseñamos a amarlo, celebramos su Nombre, y comunicamos su Mensaje de Paz. Este itinerario redimensiona los valores de la milicia y humaniza las estructuras y las relaciones entre los servidores de la Patria. Con cuánta razón dice el actual Obispo de Roma: “no es lo mismo haber conocido a Jesús que no conocerlo... No es lo mismo tratar de construir el mundo con su Evangelio que hacerlo sólo con la propia razón. Sabemos bien que la vida con Él se vuelve mucho más plena y que con Él es más fácil encontrarle un sentido a todo”¹⁹.

Otra motivación esencial que debemos cultivar es el gusto espiritual de estar y convivir con nuestra gente, que son los militares, guardias civiles y policías, juntamente con sus familias y personal que trabaja en los centros de las Fuerzas Armadas y de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado. Ellos forman el pueblo de Dios, al que debemos amar y servir, de tal manera que nuestra identidad de Iglesia particular castrense no se entiende sin esta pertenencia. En el caso del capellán, debe integrarse a fondo en esta “familia de la milicia”, compartiendo la vida con todos, no siendo “funcionarios sagrados” que cumplen con unos ritos, imparten una doctrina y luego desaparecen.

La misión de todos los bautizados, mucho más la de los sacerdotes, es ser evangelizadores con espíritu que sabemos escuchar y dialogar con cualquier persona, independientemente de su oficio, nivel o condición. Que no retrocedemos ante el sacrificio, sino que colaboramos material y espiritualmente con

¹⁹ *Ibíd*, n. 266.

ellos en sus necesidades. Nos alegramos con los que están alegres, lloramos con los que lloran y nos comprometemos las veinticuatro horas del día con aquellos que están dispuestos a dar su vida por la defensa, libertad y paz de sus conciudadanos. El amor a la gente es una fuerza espiritual que facilita el encuentro pleno con el Señor en la oración. Porque como dijo Benedicto XVI: “quienes cierran los ojos ante el prójimo se convierten también en ciegos ante Dios”²⁰. La cercanía con Dios y con el pueblo hará que las acciones trazadas para este Plan Pastoral 2014-2015, no sean algo frío, burocrático e impositivo, sino una invitación creativa a que la vida espiritual de capellanes y fieles no sea un adorno o entretenimiento, sino la cuestión determinante de la vocación cristiana, sin la cual no hay perseverancia creyente, ni acción misionera. Porque deberíamos tener siempre presente que: “la fe que actúa por el amor (Gal 5, 6) se convierte en un nuevo criterio de pensamiento y de acción que cambia toda la vida del hombre”²¹.

Este nuevo Plan Pastoral es fruto de los trabajos del Presbiterio castrense. Acógelo con espíritu de comunión y verdadero propósito de realizar las diversas actuaciones programadas, según las posibilidades de cada uno. Sabiendo que es un instrumento para dar a conocer la belleza de nuestra fe a través del *Catecismo de la Iglesia Católica*. Pienso que es el mejor servicio que, en estos momentos, podemos prestar a Dios, a su Iglesia y a España. Que la intercesión de María Inmaculada y de nuestros santos patronos ayude a la familia

²⁰ Benedicto XVI, Carta encíclica *Deus caritas est*, Roma 2005, n. 16.

²¹ Benedicto XVI, *Porta fidei*, Roma 2011, n. 6.

castrense a cruzar en el siglo XXI “*La Puerta de la fe*” con la certeza vivida por la Patrona de Intendencia del Ejército y que nos dejó en los hermosos versos con los que concluyo mis palabras:

*Confianza y fe viva
mantenga el alma,
que quien cree y espera
todo lo alcanza.*

*† Juan del Río Martín
Arzobispo Castrense de España*

OBJETIVO GENERAL

CONOCER, AMAR, CELEBRAR
Y COMUNICAR
LA FE DE LA IGLESIA
EN EL MUNDO MILITAR

*“Y lo que ha conseguido la victoria sobre el mundo
es nuestra fe”.*

(1 Jn 5, 4b).

Yo aconsejo a todos que hagan meditación aunque no tengan virtudes porque es principio para alcanzar todas las virtudes y cosa en que nos va la vida comenzarla a todos los cristianos, y ninguno por perdido que esté debía de dejar de hacer.

Tereza de Jesus

“Para acceder a un conocimiento sistemático del contenido de la fe, todos pueden encontrar en el *Catecismo de la Iglesia Católica* un subsidio precioso e indispensable. [...] El *Catecismo* ofrece una memoria permanente de los diferentes modos en que la Iglesia ha meditado sobre la fe y ha progresado en la doctrina, para dar certeza a los creyentes en su vida de fe. [...] En su misma estructura, el *Catecismo de la Iglesia Católica* presenta el desarrollo de la fe hasta abordar los grandes temas de la vida cotidiana. A través de sus páginas se descubre que todo lo que se presenta no es una teoría, sino el encuentro con una Persona que vive en la Iglesia”.

(Carta apostólica *Porta fidei*, n. 11).

Fieles a las palabras de Benedicto XVI arriba citadas, planteamos unas líneas pastorales a desarrollar en el cuatrienio 2011-2015, siguiendo los grandes núcleos temáticos del *Catecismo de la Iglesia Católica*:

1.– Curso 2011-2012:

La profesión de fe.

2.– Curso 2012-2013:

La celebración del misterio cristiano.

3.– Curso 2013-2014:

La vida en Cristo.

4.– Curso 2014-2015:

La oración cristiana.

Trabajando en torno a estos cuatro núcleos, planificamos las acciones pastorales en las diversas áreas o dimensiones de nuestra Iglesia particular, como son la familia, los jóvenes, la sanidad, el apostolado seglar, las hermandades y cofradías, los capellanes, las vocaciones sacerdotales,...

Como afirmó el Santo Padre a los Ordinarios militares reunidos en Roma: *“se trata de formar a cristianos que tengan una fe profunda, que vivan una práctica religiosa convencida y que sean testigos auténticos de Cristo en sus ambientes”*¹.

Las propuestas de este Plan, se han de aplicar a las personas pertenecientes a cualquiera de las áreas citadas allá donde se encuentren (acuartelamientos, bases, buques, unidades, centros y organismos), prestando especial atención a las parroquias castrenses, a las academias o escuelas militares y a las misiones internacionales de mantenimiento de la paz. Así ha de hacerse porque “la Iglesia ha querido ofrecer a los fieles militares y a sus familias todos los medios de salvación para facilitarles la atención pastoral ordinaria y la ayuda específica que necesitan para desarrollar su misión con el estilo de la caridad cristiana”².

Esta llamada al amor tiene una convocatoria anterior: al conocimiento, al trato con Dios y a la formación en la fe. Tras ser evangelizados, los miembros de la comunidad católica castrense están llamados a ser evangelizadores, de modo que “haya un anuncio siempre nuevo, convencido y gozoso de

¹ BENEDICTO XVI, Discurso a los participantes en el VI Encuentro Internacional de los Ordinariatos Militares (22 de octubre de 2011).

² *Ibíd.*

Jesucristo, única esperanza de vida y de paz para la humanidad”³.

La presente planificación pastoral abarca, como queda dicho, el cuatrienio 2011-2015, conforme al objetivo general indicado en la entradilla de este apartado (siguiendo el *Catecismo de la Iglesia Católica*), pero el desarrollo pormenorizado de los objetivos específicos así como de las acciones a realizar, se irá ofreciendo para cada curso pastoral, a fin de movernos en el realismo del presente y poder así dar cumplimiento a las palabras de san Juan Pablo II: “La asistencia espiritual de los militares es algo que la Iglesia ha querido cuidar siempre con extraordinaria solicitud según las diversas circunstancias. Ciertamente éste constituye un determinado grupo social y por las condiciones peculiares de su vida [...] necesitan una concreta y específica forma de asistencia espiritual”⁴.

Así mismo, ponemos bajo la protección de María Inmaculada, patrona de los capellanes castrenses de España, el desarrollo de esta planificación pastoral, con el deseo de que cuanto creemos, celebramos, vivimos y oramos, suscite en nosotros la conversión, entendida como encuentro personal con Jesucristo que nos invita a recorrer su camino.

³ *Ibíd.*

⁴ JUAN PABLO II, Constitución Apostólica sobre la asistencia espiritual a los militares *Spirituali Militum Curae* (21 de abril de 1986).

El que comienza a hacer oración, ha de pensar que comienza a hacer un huerto para que se deleite el Señor, en tierra muy infructuosa, que tiene muy malas hierbas. Su Majestad arranca las malas hierbas y ha de plantar las buenas.

Pues hagamos cuenta que el huerto ya está hecho cuando un alma se determina a hacer oración. Y con la ayuda de Dios hemos de procurar, como buenos hortelanos, que crezcan estas plantas y hemos de tener cuidado de regarlas para que no se sequen, sino que lleguen a dar flores que den de sí gran olor para dar recreación a este Señor nuestro, y así venga a deleitarse muchas veces a esta huerta y a gozar entre estas virtudes.

Yerrefa de Jesus

Que no desmaye nadie de los que han comenzado a hacer oración diciendo: "Si vuelvo a caer, es peor seguir haciendo oración". Yo así lo creo si se deja la oración y no se corrige; mas si no la deja, crea que el Señor la sacará a puerto de luz.

tereja de jesus

CURSO PASTORAL 2014-2015

OBJETIVO ESPECÍFICO

**HACER DEL PADRENUESTRO EL
MODELO DE ORACIÓN CRISTIANA**

Representaos al mismo Señor junto a vos y mirad con cuánto amor y humildad os está enseñando; y mientras podáis no estéis sin tan buen amigo. Si os acostumbráis a traerle junto a vos y él ve que lo hacéis con amor y que andáis procurando contentarle, no podréis apartarlo de vos; lo tendréis con vos en todas partes: ¿pensáis que es gracia pequeña tener tal amigo al lado?

teresa de jesús

1. La Diócesis Castrense de España encuentra en la oración su relación con Dios vivo y verdadero

La Diócesis Castrense de España, como comunidad de creyentes, unida a Jesucristo, eleva al Padre una oración constante en el Espíritu Santo.

Esta actitud nace del convencimiento de que la oración es imprescindible para relacionarnos con Dios y para mantener viva nuestra vida cristiana recibida en el bautismo.

La oración es, según la conocida definición de santa Teresa, “tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama”. Es un “estar”, una toma de postura, un ponerse, una actividad. Incluso la oración comunitaria, esencial en la vida cristiana, se fecunda y

vitaliza en la oración personal y en la soledad. De otra forma se reduce fácilmente a un formulismo vacío.

La oración de los cristianos no se limita a un momento de la existencia, o a un periodo de la jornada. La oración del cristiano es su misma vida, capaz de transformar lo cotidiano en divino, la historia corriente en historia sacra, haciendo presente la eternidad en medio del mundo temporal. La plegaria en espíritu y en verdad transfigura el tiempo y lo santifica, convirtiéndolo en lugar de encuentro con Dios. Así, la oración muestra el ansia de eternidad que habita en el corazón humano y a la vez la cercanía de un Dios que se revela en Cristo y que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. Se trata, pues, de una relación de amor llamada a permanecer para siempre. Y es también una forma de expresar la fe: *“lex credendi, lex orandi”*.

Los primeros cristianos nos daban ejemplo de oración, perseverando unánimes en la misma (Hch 1, 14). La primitiva comunidad cristiana era una comunidad orante.

2. Jesús, modelo de toda oración

La oración de los cristianos en el Arzobispado Castrense tiene como modelo la oración de Jesús, que ora constantemente al Padre por todos los hombres, y de una manera especial en acontecimientos decisivos de su vida:

- Al elegir a sus discípulos.

- Siempre invoca al padre al sanar, perdonar...
- La oración “sacerdotal” de la última Cena.
- Significativa es su oración en el huerto de Getsemaní, aceptando la voluntad del Padre después de experimentar la lucha interior ante la entrega definitiva.
- La oración desde la Cruz hasta el final: “Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu”.

Pero junto a su ejemplo, también en los evangelios encontramos indicadores concretos para enseñarnos a orar (Mt. 6, 5-13):

- Y cuando oréis, no seáis como los hipócritas, que gustan de orar en las sinagogas y en las esquinas de las plazas bien plantados para ser vistos de los hombres; en verdad os digo que ya reciben su paga.
- Tú, en cambio, cuando vayas a orar, entra en tu aposento y, después de cerrar la puerta, ora a tu Padre, que está allí, en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará.
- Y al orar, no charléis mucho, como los gentiles, que se figuran que por su palabrería van a ser escuchados.
- No seáis como ellos, porque vuestro Padre sabe lo que necesitáis antes de pedírselo.
- Vosotros, pues, orad así: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu Nombre;
- venga tu Reino; hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.
- Nuestro pan cotidiano dánosle hoy;

- y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros hemos perdonado a nuestros deudores;
- y no nos dejes caer en tentación, mas líbranos del mal.

La oración de los miembros de nuestra Iglesia particular asume, como algo central en la vida, todo aquello que nos dijo el Señor: “Velad y orad para no caer en la tentación, pues el espíritu está pronto pero la carne es débil” (Mt 26, 41). “En verdad en verdad os digo: si pedís algo al Padre en mi nombre, os lo dará” (Jn 16, 23b). Jesús no reza cuando quiere, sin más. Lo hace siempre en el encuentro con los hombres y en referencia a su Misión. Por ello, quien en Cristo ora, edifica también su Reino.

Tener en Jesús el modelo de nuestra oración es lo mismo que orar como María, primera discípula del Señor. De ella nos dice san Juan Pablo II: “Llamada a ser la Madre de Dios, María vivió plenamente su maternidad desde el día de la concepción virginal, culminándola en el Calvario a los pies de la Cruz. Allí, por un don admirable de Cristo, se convirtió también en Madre de la Iglesia, indicando a todos el camino que conduce al Hijo. Mujer del silencio y de la escucha, dócil en las manos del Padre, la Virgen María es invocada por todas las generaciones como “dichosa”, porque supo reconocer las maravillas que el Espíritu Santo realizó en ella. Nunca se cansarán los pueblos de invocar a la Madre de la misericordia, bajo cuya protección encontrarán siempre refugio” (bula *Incarnationis Mysterium*, 14).

3. Oramos en la Iglesia

La vida cristiana no tiene sentido sin la Iglesia. Enseña el papa Francisco: “Sería hermoso preguntarnos hoy cómo es nuestro signo de pertenencia a la Iglesia: el sentir con la Iglesia, sentir en la Iglesia. El cristiano no es un bautizado que recibe el bautismo y luego sigue adelante por su camino. El primer fruto del bautismo es hacer que pertenezcas a la Iglesia, al pueblo de Dios. No se comprende un cristiano sin Iglesia. Por ello, el gran Pablo VI decía que es una dicotomía absurda amar a Cristo sin la Iglesia; escuchar a Cristo pero no a la Iglesia; estar con Cristo al margen de la Iglesia. Es una dicotomía absurda” (reflexión en Santa Marta, 30-1-14; *passim*).

Aunque contestada desde muchos frentes, la Iglesia es la depositaria y la intérprete de la verdad evangélica. Ser cristiano es ser Iglesia. Nuestra vida de oración no puede progresar ni alcanzar su perfección sin la Iglesia. En ella encontramos:

- El depósito de la Palabra de Dios, con su recta interpretación ofrecida por el Magisterio, lo cual garantiza la comunión en la única y recta doctrina.
- La Tradición, asentada y contrastada por el paso del tiempo y la experiencia multisecular de tantos maestros de espiritualidad firme y segura.
- La vida de los Santos y de tantos testigos de la fe, en los que descubrimos la acción del Espíritu y encontramos aliento para nuestro propio caminar.
- La experiencia de los siglos, que ha dado lugar a la

cultura cristiana la cual, amén de ser la matriz donde aprendimos a creer y a crecer en la fe, ha generado numerosas manifestaciones culturales (bellas artes, música, arquitectura...) en beneficio de toda la humanidad, introduciéndonos también así en el misterio de Dios.

De ahí que ningún bautizado puede prescindir de la Iglesia para “aprender” a orar. En la Iglesia encontramos ámbitos privilegiados para la oración:

A. Vida litúrgica. La santa Misa

La santa Misa es la cumbre de la vida cristiana. Por ello el capellán procurará que no falte nunca, a no ser por graves razones, en ninguna capellanía.

También en las misiones internacionales es muy conveniente ofertar la celebración diaria de la Misa, con independencia del número de asistentes. La Misa es el lugar donde los comisionados en tierras extranjeras pueden unirse de una manera espiritual a sus familiares, vivos y difuntos, y recobrar fuerzas morales que el trabajo cotidiano puede ir desgastando.

El capellán tendrá el ritual de la Misa en varios idiomas, pues es frecuente que personal de otros ejércitos se acerque a nuestras celebraciones y viceversa. Para ello existen aplicaciones informáticas al alcance de todos.

B. La Liturgia de las Horas

A través de este oficio la Iglesia reza con Cristo con himnos, salmos, lecturas... Es la oración oficial de la Iglesia, la cual se obligan a realizar los clérigos y religiosos, pero de la que pueden también participar los fieles laicos.

C. *Lectio divina*

Es una práctica reflexiva, basada en la lectura de la Palabra de Dios, que nos lleva a interrogarnos sobre lo que Dios nos quiere comunicar.

D. Oración eucarística

Según diversos documentos del Magisterio de la Iglesia, el misterio eucarístico hay que considerarlo en toda su amplitud, tanto en la celebración misma de la Misa como en el culto de las sagradas especies que se reservan después para prolongar la gracia del Sacrificio (Cf. Pío XII, encíclica *Mediator Dei*; Pablo VI, encíclica *Mysterium fidei*; Conc. Vat. II, decreto *Presbyterorum ordinis*).

Aunque la oración ante la Eucaristía no se sitúa en el ámbito de la liturgia sacramental, sino en el de la oración cristiana, sin embargo está en íntima relación con ella, ya que la presencia de Cristo en el pan consagrado es consecuencia del Memorial celebrado (de la Misa). Porque el Cuerpo y la Sangre de Cristo se hacen presentes en la celebración eucarística, puede ser adorada la Eucaristía al permanecer las especies sacramentales.

E. Ejercicios espirituales y retiros.

“No olvidéis nunca que los ejercicios son una petición insistente, que la Iglesia dirige no solo a sus ministros sagrados, a los religiosos y a las religiosas, a todas las personas consagradas, sino también a aquellos que quieren entrar en sí mismos, dedicar tiempo a Dios con el alma abierta a la esperanza de encontrarle en su propio camino, para amarlo y seguirlo más” (Juan Pablo II, audiencia a la FIES en el 25º aniversario de su fundación).

4. La vida de oración

Presentar la oración en la vida cristiana conforme al *Catecismo*, con sus diversas expresiones (oración vocal, meditación, oración contemplativa), así como las actitudes necesarias (humilde vigilancia del corazón, confianza filial y perseverancia en el amor).

5. Algunos momentos de la vida cristiana propicios para la oración

No se ama lo que no se conoce. Para amar la oración y lo que significa, se precisa formación. Esa formación se ha de ofrecer en la comunidad católica castrense. Formación para la que podemos aprovechar distintos momentos de la vida del cristiano: la Iniciación Cristiana, la Dirección Espiritual, los grupos y talleres de

oración, las propias familias, los Cursos de Formación para sacerdotes y laicos...

A. Iniciación Cristiana

A la oración precede la fe. El fundamento de la oración es el misterio cristiano, como nos recuerda el Directorio General para la Catequesis.

Cuando la catequesis está penetrada de un clima de oración, el aprendizaje de la vida cristiana cobra toda su profundidad (DGC 85).

Los capellanes y catequistas proporcionarán materiales que ayuden a este objetivo. Como es obvio, hemos de diversificar las formas de hacer oración, conforme a la edad y las circunstancias de los catecúmenos.

B. Talleres de oración

Los talleres de oración son modos de aprender en grupo las distintas formas de hacer oración.

Estos grupos o escuelas de oración, como se les quiera llamar, son uno de los signos y acicates de la renovación de la oración en la Iglesia, a condición de que beban de las auténticas fuentes cristianas. Se ha de conservar muy bien en estos grupos la comunión eclesial (CIC c. 2689).

Hay que evitar métodos procedentes, por tanto, de otras tradiciones no cristianas, como métodos psicológicos de relajación, métodos orientalizantes, etc.

Los grupos de oración se pueden desarrollar allí donde varios deseen vivir esa experiencia. Por tanto el capellán ofertará esta posibilidad, factible en todos los ámbitos del apostolado castrense.

C. Dirección Espiritual

Como indica el *Catecismo*, la dirección espiritual asegura en la Iglesia una ayuda para la oración. Es una ayuda positiva que una persona recibe de otra que está especialmente cualificada por formación, experiencia o santidad, para discernir la voluntad de Dios y la práctica de las virtudes cristianas. El criterio de la dirección espiritual es la Verdad revelada por Dios y la Iglesia, y no reemplaza para nada la búsqueda personal.

Los capellanes estarán disponibles para ejercer este ministerio en el ámbito de las Fuerzas Armadas. Existen multitud de momentos en la vida castrense donde el sacerdote, con una actitud de cercanía y confianza, discreción y delicadeza, podrá ejercer este ministerio del acompañamiento espiritual.

D. Cursos de formación

Nadie da lo que no tiene. Así que conviene que sacerdotes y laicos posean una formación suficiente para poder ayudar a los demás en lo referente a la vida de oración. También para el propio progreso en la vida espiritual. Para

ello es conveniente usar los tiempos de Formación Permanente.

E. Oración en familia

"La familia cristiana tiene, hoy más que nunca, una misión nobilísima e ineludible, como es transmitir la fe, que implica la entrega a Jesucristo, muerto y resucitado, y la inserción en la comunidad eclesial. Los padres son los primeros evangelizadores de los hijos, don precioso del Creador (cf. GS 50), comenzando por la enseñanza de las primeras oraciones. Así se va construyendo un universo moral enraizado en la voluntad de Dios, en el cual el hijo crece en los valores humanos y cristianos que dan pleno sentido a la vida" (Benedicto XVI).

Los capellanes ofertarán a los matrimonios y familias en general, la posibilidad de orar, ya sea por grupos o por núcleos familiares. Se puede intentar hacerlo incluso en los domicilios familiares. Para ello, entre otras cosas, se puede aprovechar la bendición de la casa, o la visita domiciliaria de alguna capillita de la Virgen o santo patrono, que se puede hacer rotar en el ámbito de la capellanía.

*Las almas que no hacen oración son como
un cuerpo con hemiplegia o paralítico.*

Teresa de Jesús

ACCIONES A REALIZAR

ARZOBISPADO

1. Participación en los actos programados por la Conferencia Episcopal Española con motivo del V Centenario del Nacimiento de santa Teresa de Jesús.
2. Publicación de una carta pastoral del Sr. Arzobispo sobre santa Teresa y el Cuerpo de Intendencia del Ejército.
3. Decreto de designación de templos jubilares para el Año Teresiano, conforme a la siguiente relación: Iglesia Catedral de las Fuerzas Armadas (Madrid); Parroquia Castrense de Nuestra Señora del Carmen (Madrid); Real Parroquia Castrense del Santo Ángel Custodio (Cádiz); Parroquia Vaticana y Castrense de San Francisco (San Fernando); Parroquia Castrense (Melilla); Parroquia Castrense de Santo Domingo (Cartagena); Parroquia Castrense de Nuestra Señora de Loreto (San Javier); Parroquia Castrense de Santo Domingo (Valencia); Parroquia Castrense de Santa Margarita (Palma de Mallorca); Parroquia Castrense (Barcelona); Parroquia Castrense de San Fernando (Zaragoza); Parroquia Castrense de San Andrés (La Coruña); Parroquia Castrense de San Francisco (Ferrol); Capilla del Hospital Central de la Defensa “Gómez Ulla” (Madrid); Capilla del Establecimiento Penitenciario Militar (Alcalá de Henares);

Capilla de la Brigada de Infantería Ligera “Canarias XVI” (Las Palmas de Gran Canaria); Capilla de la Base Miguel de Cervantes (Líbano); Capilla de la Base de Herat (Afganistán).

4. Recopilación de fechas, lugares y directores de ejercicios espirituales y retiros.
5. La página web dispondrá de enlaces con páginas de espiritualidad de la red.
6. Propondrá un elenco bibliográfico adecuado, del cual, en la medida de lo posible, se aprovisionarán los capellanes de unidades.
7. Promoción de la peregrinación a Lourdes. Informará, a través de la web, de otras peregrinaciones a las que se pueda sumar el personal.
8. Se aprovechará el curso de formación permanente de los capellanes para tratar sobre las formas y métodos de oración.
9. Informará de portales donde obtener formularios sacramentales en lenguas extranjeras.

VICARÍAS

1. Facilitarán el desarrollo del Año Jubilar Teresiano en los lugares designados dentro de su jurisdicción.
2. Organizarán retiros espirituales para sacerdotes en Cuaresma y Adviento.

3. Recabarán información sobre las acciones referentes a este Plan Pastoral realizadas en cada unidad.
4. Ofrecerán información sobre lugares apropiados para realizar retiros o encuentros zonales de oración, para seglares y sacerdotes; también para realizar pequeñas peregrinaciones o marchas con el personal militar.

CAPELLANÍAS

1. En los templos jubilares, desarrollo del Año Jubilar Teresiano.
2. Aprovechar momentos catequéticos para instruir sobre la importancia de la oración.
3. Formación de células de oración, grupos o talleres, donde se practiquen comunitariamente métodos y formas de orar.
4. Fomentar el uso comunitario o particular de la Liturgia de las Horas.
5. Rezo comunitario del santo Rosario, semanal o diario según posibilidades.
6. Celebración de una oración por las vocaciones sacerdotales, con meditación de la Palabra y exposición del Santísimo.
7. Adoración eucarística, al menos durante media hora, en todas las solemnidades y domingos.
8. Creación, en la medida de lo posible, de una pequeña biblioteca con los autores espirituales más notables.
9. Uso de los medios audiovisuales para la promoción de la vida espiritual.

- 10.** Reforzamiento y purificación de la piedad popular.
- 11.** Cuidar celebraciones de triduos de patronos y patronas.
- 12.** Reforzamiento de la vida espiritual en asociaciones de señoras y damas.

ANEXOS

Para rezar vocalmente como es debido, ya sabéis que enseña Su Majestad que sea a solas; pues así lo hacía él siempre que oraba... Esto bien sabido es, pues no es compatible hablar con Dios y con el mundo a la vez, que eso es lo que se pretende cuando se reza mientras se está escuchando lo que están hablando, o cuando se reza dejando que el pensamiento divague en lo que se le va ocurriendo, sin cortar los pensamientos.

teresa de jesús

ANEXO I

ORACIÓN Y CATEQUESIS EN EL *CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA*

JOSÉ MANUEL ESTEPA LLAURENS
Cardenal Arzobispo Castrense Emérito
Miembro del Comité de redacción del *Catecismo*

La Constitución Apostólica *Fidei Depositum* (11-10-92). Autoridad, naturaleza y articulación del *Catecismo*

Según la Constitución Apostólica *Fidei Depositum*, Juan Pablo II ordena la publicación, en virtud de su autoridad apostólica, del *Catecismo de la Iglesia Católica* (CCE), que ya había aprobado el 25 de junio de 1992. La naturaleza del texto es de carácter magisterial: “es una exposición de la fe y de la doctrina católica, atestiguadas e iluminadas por las Sagradas Escrituras, la Tradición Apostólica y el Magisterio eclesiástico” (FD 4), que el Papa manda publicar “en virtud de la autoridad apostólica” (FD 4).

Siguiendo una estructura clásica en la historia de la actividad catequética de la Iglesia, el CCE se divide en cuatro partes. Las cuatro partes se articulan entre sí: el misterio cristiano es el objeto de la fe (primera parte); es celebrado y comunicado mediante acciones litúrgicas (segunda parte); está presente para iluminar y sostener a los hijos de Dios en su obrar (tercera parte); es el fundamento de nuestra oración, nuestra alabanza y nuestra intercesión (cuarta parte).

La liturgia es, por sí misma, oración; la confesión de fe tiene su justo lugar en la confesión del culto. La gracia, fruto de

los sacramentos, es la condición insustituible del obrar cristiano, igual que la participación en la liturgia de la Iglesia requiere la fe. Si la fe no se concreta en obras permanece muerta (cf. St 2, 14-26), y no puede dar frutos de vida eterna.

“En la lectura del *Catecismo de la Iglesia Católica* se puede percibir la admirable unidad del misterio de Dios, de su designio de salvación, así como el lugar central de Jesucristo Hijo único de Dios, enviado por el Padre, hecho hombre en el seno de María por el Espíritu Santo, para ser nuestro Salvador. Muerto y resucitado, está siempre presente en su Iglesia, particularmente en los sacramentos; es la fuente de la fe, el modelo del obrar cristiano y el Maestro de nuestra oración” (FD 3).

Contenido de las cuatro partes fundamentales del CCE

Abandonado el proyecto inicial de articular el contenido del nuevo *Catecismo* en tres partes, se procedió a adoptar la visión cuatripartita. El mismo *Catecismo*, en su número 13, anuncia el plan a seguir y dice: “El plan de este *Catecismo* se inspira en la gran tradición de los catecismos, los cuales articulan la fe en torno a cuatro “pilares”: la profesión de la fe bautismal (el Símbolo), los sacramentos de la fe, la vida según la fe (los Mandamientos), y la oración del creyente (el Padrenuestro)”.

Estos cuatro pilares de la catequesis han sido fundamentales a lo largo de los siglos como elementos de estructuración y puntos de convergencia de la enseñanza catequética, correspondiendo a cuatro dimensiones básicas de

la existencia cristiana. Esta es la misma articulación cuatripartita que siguieron los redactores del *Catecismo Romano* o *Catecismo de Trento*, aunque la exposición de los contenidos en ambos catecismos no se haya atendido a la misma proporción respecto a la extensión de sus cuatro partes.

En ambos textos se destaca, de modo firme, el primado de la gracia. La primacía se da a Dios y a sus obras. A estas dos partes, en cada uno de estos dos catecismos de referencia, se concede en torno al 60% del total.

No obstante, a pesar de la autoridad del *Catecismo de Trento*, su estructura (Símbolo-Sacramentos-Mandamientos-Oración) no se conservará en la catequesis católica de los siglos posteriores. Mucho más frecuente será la secuencia siguiente: Credo-Mandamientos-Sacramentos.

Esta tendencia no careció de peligros: que el Decálogo siga al Credo y preceda a los Sacramentos refleja la tendencia general del siglo XVIII hacia el moralismo. Recuérdese que los denominados “Catecismos Nacionales Españoles” (elaborados en los años inmediatamente anteriores al Concilio Vaticano II) se articulan así: Lo que hay que creer; lo que hay que practicar; lo que hay que recibir (la santificación cristiana).

El redactor principal de la 4ª parte (Jean Corbon) y la tradición oriental

Se deseaba que en el *Catecismo de la Iglesia Católica* se mantuviera especial atención al pensamiento, formulaciones y tradiciones de oración de las Iglesias del Oriente cristiano. En este sentido se quiso integrar, desde el comienzo de los

trabajos, en el equipo redactor a un obispo católico de Oriente. Este deseo, por diversas circunstancias, no pudo llegar a realizarse. Se buscaba que este eclesiástico procedente de Oriente tomara a su cargo especialmente la redacción de las páginas dedicadas a la oración cristiana que en principio se habían de incluir en la parte de los sacramentos.

Se recurrió, por fin, a Jean Corbon, europeo, pero que permanecía en el Líbano desde sus primeros años de vocación y ministerio, sacerdote profundamente enraizado en la teología y en la espiritualidad de aquellas Iglesias, y de una gran densidad espiritual personal. Corbon llevó adelante el encargo, a pesar de las adversidades que le rodeaban, y dio un espléndido testimonio de servicio a la Iglesia universal. Lamentablemente no siempre resultó hacedero que pudiera acudir a las reuniones del equipo redactor que tuvieron lugar durante el período de su colaboración. Pero el equipo siguió con gran estima sus redacciones. “La cuarta parte (del *Catecismo*) está permeada de la tradición oriental. O, quizá fuera mejor decir que está permeada de una visión que corresponde a la Iglesia indivisa y que, además, está expuesta según un enfoque que es característico también de las Iglesias de Oriente” (Joseph M. Soler O. S. B., “La oración cristiana en la cuarta parte del Catecismo”, en *El Catecismo Posconciliar*, Ed. San Pablo; obra colectiva a cargo de Olegario González de Cardedal y Juan Antonio Martínez Camino, págs. 182 y ss). Según el citado comentarista, grandes puntos de atención que caracterizan al CCE son característicos también de la catequesis oriental.

Casi ultimados los trabajos redaccionales del *Catecismo*, reunidos los siete Patriarcas que componen el Consejo de Patriarcas Católicos de Oriente, se expresaban así en una Carta pastoral: “El hombre de Oriente es un hombre de plegaria... se mantiene delante del Señor, entero durante los días felices y durante los dolorosos, en un diálogo continuo que glorifica a Dios, purifica el corazón y renueva la existencia. No hay duda de que la vida espiritual, litúrgica y eucarística representa una de las constantes más manifiestas de nuestro querido Oriente. El Oriente cristiano es, según una expresión de Pío XI hablando del Islam, el Oriente que ora. Es sabido que la plegaria litúrgica ha sido siempre en nuestras Iglesias el cuadro viviente en el que las generaciones se han transmitido el depósito de la fe. Allí nuestras Iglesias han formado y desarrollado la fe en el corazón de los fieles. Por otro lado, la oración según sus diversas formas, es el aspecto eminente de la presencia cristiana” (*Documentation catholique*, 2052, 1992, citado por Olegario González, obra citada *supra*, pág. 332).

La conexión de la 4ª parte del CCE con las otras partes

Durante los trabajos finales de redacción del *Catecismo* hubo mucho interés en mostrar que la cuarta parte, dedicada a la oración, consistía de algún modo en la meta y culmen al que se dirige el camino que constituyen las tres partes anteriores.

Recordemos dos textos, uno del Concilio Vaticano II y otro de Pablo VI, el Papa del Concilio: “Con todo, la participación en la sagrada Liturgia no abarca toda la vida espiritual. En efecto, el cristiano, llamado a orar en común,

debe, no obstante, entrar también en su cuarto para orar al Padre en secreto; más aún, debe orar sin tregua, según enseña el Apóstol (1Ts 5, 17)” (*Sacrosanctum Concilium*, 12).

Pablo VI subraya cómo la obra de evangelización se inicia en un contexto de oración y de presencia y contacto con el Espíritu Santo, en la mañana de Pentecostés: “Solamente después de la venida del Espíritu Santo, el día de Pentecostés, los apóstoles salen hacia todas las partes del mundo para comenzar la gran obra de evangelización” (*Evangelii Nuntiandi*, 75).

Juan Pablo II mostró sumo interés en que la entrega del *Catecismo de la Iglesia Católica* a los fieles se hiciera simbólicamente en un clima de oración, en torno a María, Madre de Jesús y Madre de la Iglesia, el día de la Inmaculada Concepción, en Santa María la Mayor de Roma, el 8 de diciembre de 1992.

La conexión de esta cuarta parte del CCE con las restantes la expresa el propio *Catecismo* con las siguientes palabras: “Este es el misterio de la fe. La Iglesia lo profesa en el Símbolo (primera parte) y lo celebra en la Liturgia sacramental (segunda parte), para que la vida de los fieles se conforme con Cristo en el Espíritu Santo para gloria de Dios Padre (tercera parte). Por tanto, este misterio exige que los fieles creen en él, lo celebran y vivan de él en una relación viva y personal con Dios vivo y verdadero. Esta relación es la oración” (CCE 2558).

El tratamiento de la 4ª parte en dos secciones

Cada una de las cuatro partes aparece dividida en dos secciones: la primera ofrece, en cierto modo, los fundamentos del tema; en la segunda, se desarrollan ulteriormente los temas particulares. La división de la 4ª parte en dos secciones queda como sigue:

- Sección primera: “La oración en la vida cristiana” (nn. 2558-2649).
- Sección segunda: “La oración del Señor: Padrenuestro” (nn. 2650-2865) Esta sección ayuda verdaderamente a pasar de una enseñanza orgánica de reflexión teórica (elaborada a lo largo de los dos mil años de vida de la Iglesia) a una obligada detención concreta y explicitadora de la oración que el propio Jesucristo, el Señor, nos ha enseñado.

La primera sección: la oración en la vida cristiana

1. Qué es la oración (nn. 2259-2565)

El padre Corbon recordaba un texto de la Antigüedad cristiana que después no fue incluido en el *Catecismo*: “A ver no se aprende, es un efecto de la naturaleza. Tampoco la belleza de la oración se aprende de las enseñanzas de otros. La oración contiene en sí misma a su maestro Dios que da la oración al que ora” (S. Juan Clímaco, págs. 88. 1130).

A esta pregunta con la que se abre la sección, se dan respuestas concretas: es un don de Dios; la oración es una alianza; la oración es una relación de comunión.

- La condición básica de la oración es la humildad (n. 2559).
- La oración es un encuentro de la sed de Dios con la sed del hombre que ora (n. 2560). La maravilla de la oración se revela allí, junto al pozo al que vamos a buscar nuestra agua.
- Don divino y respuesta sedienta del hombre. Nuestra oración de petición es paradójicamente una respuesta al don (n. 2561).
- La oración es de todo el hombre y el corazón es su morada (nn. 2562-2563).
- Es acción de Dios y del hombre. Relación de Alianza (n. 2564). Es comunión (n. 2565).

Pero la respuesta sobre qué es la oración se explicita en los tres capítulos siguientes.

2. La Revelación de la oración. Vocación universal a la oración

El *Catecismo* abre el capítulo 1º de esta sección con dos párrafos sobre la vocación universal a la oración. “El hombre está a la búsqueda de Dios... conserva el deseo de Aquel que le llama a la existencia. Todas las religiones dan testimonio de esta búsqueda esencial de los hombres” (n. 2566). “Olvide el hombre a su Creador o se esconda

lejos de su faz, corra detrás de sus ídolos o acuse a la divinidad de haberlo abandonado, el Dios vivo y verdadero llama incansablemente a cada persona al encuentro misterioso de la oración. Esta iniciativa de amor del Dios fiel es siempre lo primero en la oración, la actitud del hombre es siempre una respuesta...” (n. 2567).

A estos párrafos sobre la vocación de todos a la oración siguen tres artículos, en los que se andan las sendas de la Sagrada Escritura y del tiempo de la Iglesia para descubrir cómo se nos revela el misterio de la oración.

a) En el Antiguo Testamento se hace referencia a:

- La Creación como fuente de oración; con personajes del Génesis 1 al 11 (n. 2569) (Abel, Noé...).
- La figura de Abraham (nn. 2570-2571), en su radical experiencia de fe y en sus formas de orar.
- La figura de Jacob (n. 2573).
- Moisés. El *Catecismo* se detiene en esta figura de mediación, intercesión y diálogo (nn. 2574-2577).
- David y la oración del rey; Elías y los profetas (nn. 2578-2584).
- Y finalmente, los Salmos, oración privilegiada de la asamblea cristiana. Los Salmos son la obra maestra de la oración cristiana (nn. 2585-2589).

b) En la plenitud de los tiempos (nn. 2598-2619)

Particularmente en la escuela del evangelista san Lucas, somos educados a reconocer cuándo, dónde y por qué Jesús ora. Y gracias a los cuatro evangelios, descubrimos las dos oraciones explícitas de Jesús: la acción de gracias (Mt 11, 25-27; Lc 10, 21-22), y la oración sacerdotal de la hora de Jesús (Jn 17), (nn. 2603-2604). Y la oración de las siete palabras (nn. 2605- 2606).

Pero Jesús no sólo ora, también enseña a orar, tanto respecto a lo que hay que decir, con la oración del Padrenuestro, como al modo en que hay que orar (nn. 2608-2613). Jesús señala tres características de la oración: la insistencia, la perseverancia y la humildad.

Lo más esencial en la oración cristiana es pedir “en el nombre de Jesús” (n. 2614) y hacerlo en unión con el Espíritu Santo (n. 2615). En todos los Evangelios, aparece Jesucristo como el que escucha la oración que a Él se dirige (nn. 2616). Siempre, en la plenitud de los tiempos, hay que recordar la oración de la Virgen María (nn. 2617-2619).

c) La oración en el tiempo de la Iglesia (nn. 2623-2643)

Las formas de oración, tal como las revela la Sagrada Escritura, siguen siendo normativas para la oración cristiana (n. 2625). Y el CCE enuncia:

- La bendición y la adoración (nn. 2626-2628).
- La oración de petición (nn. 2629-2633).
- La oración de intercesión (nn. 2634-2636).
- La oración de acción de gracias (nn. 2637-2638).
- La oración de alabanza (nn. 2639-2643).

“La fe —afirma el *Catecismo*— es así una pura alabanza” (n. 2642), totalmente desinteresada. Y termina este artículo diciendo que: “La Eucaristía contiene y expresa todas las formas de oración: es la "ofrenda pura" de todo el Cuerpo de Cristo a la gloria de su Nombre; es según las tradiciones de Oriente y Occidente, el sacrificio de alabanza” (n. 2643). La Eucaristía es el corazón más íntimo y más pleno de la oración cristiana.

3. La tradición de la oración. Fuentes, caminos y maestros (nn. 2650-2691)

Habría que anotar preliminarmente dos cosas:

- “Para orar es necesario querer orar” (n. 2650). Y es “por una transmisión viva (la Sagrada Tradición), [como] el Espíritu Santo en la Iglesia creyente y orante, enseña a orar a los hijos de Dios (*ibídem*).”
 - Por otra parte “la tradición de la oración cristiana es una de las formas de crecimiento de la Tradición de la fe” (n. 2651).
- a) Ante todo, el CCE se refiere a las fuentes de la oración (nn. 2652-2660).

“En la vida cristiana hay manantiales donde Cristo nos espera para darnos a beber el Espíritu Santo” (n. 2652)... “El Espíritu Santo es el agua viva que, en el corazón orante, “brota para la vida eterna” (*ibídem*).

Las fuentes comunes de la oración según el *Catecismo*, son:

- la Palabra de Dios, de la cual aprendemos “la sublime ciencia de Jesucristo” (n. 2653);
 - la Liturgia de la Iglesia, en la cual se hace presente todo *el* misterio de la salvación (n. 2655);
 - las virtudes teologales: fe, esperanza y caridad (nn. 2656-2658). El *Catecismo* incluye, al final *del* n. 2658, una bellísima oración del Cura de Ars, S. Juan María Vianney;
 - finalmente, entre las fuentes de la oración, se señala “el hoy”, es decir, los acontecimientos de la historia y las vicisitudes de cada día nuestro leídos en clave de providencia (nn. 2659-2660).
- b) El camino de la oración (nn. 2663-2679). Este camino hay que referirlo siempre a la Tradición de la fe apostólica.
- La oración a Dios Padre no tiene otro camino que el Hijo. Tenemos que orar siempre “en nombre de Jesús” y por su mediación (n. 2664).
- La oración de la Iglesia, alimentada por la Palabra de Dios y por la celebración de la Liturgia, nos enseña a

orar al Señor Jesús (n. 2665). En unos muy hermosos párrafos, el CCE nos indica cómo la oración a Jesús y al Espíritu Santo son caminos preferentes de la oración cristiana (nn. 2665-2672). Y termina este artículo 2º sobre el camino de la oración, con los textos dedicados a la Virgen María (nn. 2673-2679).

Antes de concluir estas referencias al “camino de la oración”, es bueno, como hace el CCE (n. 2663), señalar que “en la tradición viva de la oración, cada Iglesia propone a sus fieles, según el contexto histórico, social y cultural, el lenguaje de su oración: palabras, melodías, gestos, iconografía. Corresponde al Magisterio discernir la fidelidad de estos caminos de oración a la Tradición de la fe apostólica y compete a los pastores y catequistas explicar el sentido de ello, con relación siempre a Jesucristo” (n. 2663). No sería exagerado comentar este párrafo del CCE lamentando en este asunto y en este tiempo nuestro una cierta ausencia del ejercicio del discernimiento por parte de los obispos; y mediocridad frecuente en las actuaciones de pastores y catequistas.

c) Los maestros de la oración (nn. 2683-2691)

En primer lugar el CCE hace referencia a la pléyade de testigos: “Los testigos que nos han precedido en el Reino, especialmente los que la Iglesia reconoce como “Santos”, participan en la tradición viva de la oración, por el testimonio de sus vidas, por la transmisión de sus escritos y por su oración

hoy: contemplan a Dios, lo alaban y no dejan de cuidar de aquellos que han quedado en la tierra” (n. 2683).

Seguidamente, se reconoce el papel de guías efectivos para el aprendizaje y el ejercicio de la oración que prestan los servidores de la oración (nn. 2684-2690), y se hace un breve elenco de ámbitos y personas:

- las diversas espiritualidades (n. 2684),
- la familia cristiana (n. 2685),
- los ministros ordenados (n. 2686),
- los religiosos y quienes profesan la vida consagrada (n. 2687),
- los procesos de catequesis y sus catequistas (n. 2688),
- los grupos de oración (n. 2689),
- la dirección espiritual (n. 2690).

El CCE cierra este artículo sobre los guías o maestros de oración, con una referencia a “lugares favorables para la oración” (n. 2691), donde señala al templo cristiano como el lugar propio de la oración litúrgica de la comunidad parroquial, y afirma que “un lugar favorable no es indiferente para la verdad de la oración” (n. 2691). Añade la indicación sobre “el rincón de oración” en el propio hogar, y la frecuentación de monasterios y la participación en peregrinaciones.

4. La vida de oración. Diversas expresiones y el combate de la oración (nn. 2697-2751)

Según el propio redactor principal de estos textos que estamos comentando, “la preocupación por respetar las tradiciones particulares de las Iglesias explica la sobriedad, pero también la densidad, de este último capítulo (sobre los fundamentos de la oración cristiana). Estamos aquí en el campo de la experiencia espiritual del “hijo de Dios”, en su tú a tú con su Dios. Por ello, tanto en las expresiones de la oración personal (oración vocal, meditación, oración) como en el combate de la oración (obstáculos, dificultades, disposiciones fundamentales), el *Catecismo* no hace suya una u otra escuela de espiritualidad, sino que prolonga la espiritualidad bíblica a la luz de la experiencia común de los que cultivan la espiritualidad de Oriente y de Occidente” (Jean Corbon, *Il Catechismo della Chiesa Cattolica*, Editrice Vaticana, obra colectiva, con artículos publicados en *L'Osservatore Romano*, pág. 77).

Se podría decir que este tercer capítulo trata de la oración desde el punto de vista metodológico. Después de un párrafo de gran aliento –“la oración es la vida del corazón nuevo...es el recuerdo de Dios, un frecuente despertar la memoria del corazón...”– (n. 2697), el texto del CCE se atempera y se concreta en las diversas expresiones mediante las que se practica la oración.

Ante todo, la oración vocal, que responde a exigencias de la naturaleza humana y que no sólo es exterior, sino también interior (nn. 2700-2704).

La meditación (nn. 2705-2708), entendida como una profunda búsqueda de Dios, una asimilación interior de cuanto se lee o se escucha; en su base está sobre todo la Sagrada

Escritura, que constituye la *lectio* divina de la tradición monástica.

Y la oración contemplativa (nn. 2709-2719). Según santa Teresa de Jesús, “no es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama” (n. 2709, del Libro de la vida, 8).

El artículo 2º de este capítulo se dedica a exponer en qué consiste “el combate de la oración” (nn. 2725- 2745). La oración supone siempre un esfuerzo, una prueba; es un combate interior del cristiano, del creyente. Se exponen los obstáculos para la oración (nn. 2726-2728), y la necesidad de hacer frente a las dificultades, principalmente a la tentación de abandono y la falta de confianza filial (nn. 2729-2745).

El *Catecismo* concluye la primera sección de esta cuarta parte, atrayendo la atención sobre la oración de Jesús, en particular sobre “la oración de la hora de Jesús” (nn. 2746-2751, espléndidos párrafos del CCE). Es la “oración sacerdotal de Jesús”, ante “su pascua, su paso” al Padre. “En esta oración, Jesús nos revela y nos da el “conocimiento” indisociable del Padre y del Hijo que es el misterio mismo de la vida de oración” (n. 2751).

La segunda sección: La oración del Señor: Padrenuestro

En esta sección encontramos, como conclusión de todo el *Catecismo*, la presentación y explicación de la oración que nos enseñó Jesús: el Padrenuestro. El puesto distinguido que reserva el *Catecismo* a esta oración demuestra la importancia

que la Iglesia, desde sus orígenes, concede a la oración del Señor. Jesús entregó a sus discípulos esta oración juntamente con la entrega de su Espíritu, mediante el cual podemos dirigirnos a Dios llamándolo “Abba, Padre” (Gal 4, 6) y sentirnos verdaderamente hermanos entre nosotros mientras realizamos juntos el camino.

Los principales Padres de la Iglesia y maestros espirituales, desde Tertuliano y Orígenes a Cipriano, Agustín, Ambrosio, Cirilo de Jerusalén, santo Tomás de Aquino, etc., han comentado la oración dominical. El CCE lo hace con brevedad y sencillez.

Se puede observar que el CCE comienza con la profesión de fe, el Credo, el canto de la fe del pueblo cristiano, y se cierra con la oración de Jesús, que es el canto del amor y de la esperanza, que se sella conclusivamente con el “Amén”, el “sí” nuestro que se funde con el “sí” de Dios.

La sección se abre con dos párrafos (nn. 2759-2760), en los que se nos entrega el texto del “Padrenuestro”, según el Evangelio de san Mateo (6, 9-13), que es el texto que ha conservado la tradición litúrgica de la Iglesia, aunque el *Catecismo* lo hace preceder con el diálogo que aparece en san Lucas (11, 1): “Estando Él [Jesús] en cierto lugar, cuando terminó, le dijo uno de sus discípulos: Maestro, enséñanos a orar, como enseñó Juan a sus discípulos”. Jesús responde enseñándoles la oración. La oración del Señor en Lucas se hace preceder, como se ha dicho, de una catequesis sobre la oración, mientras en el Evangelio de san Mateo pone el Padrenuestro en el contexto del Sermón del Monte (Mt 6).

Muy pronto, la práctica litúrgica concluyó la oración del Señor con una doxología, cuya formulación actual: “Tuyo es el reino, el poder y la gloria por siempre”, es la que se emplea para la oración ecuménica (cf. n. 2726).

Resumen de todo el Evangelio

Así titula el *Catecismo* el primer artículo de esta sección. Es síntesis de todo el Evangelio (n. 2761), pero es también la norma que da vida a toda forma de oración y a toda la vida cristiana. Desde siglos y siglos, la Iglesia recita el Padrenuestro en tres ocasiones del día: la celebración de la Eucaristía y en el rezo de Laudes y Vísperas. Según la “Didajé” o Doctrina de los Apóstoles, “las primeras comunidades recitan la Oración del Señor “tres veces al día”, en lugar de las “dieciocho bendiciones de la piedad judía” (n. 2767).

El *Catecismo* nos explica que el Padrenuestro es síntesis o resumen del Evangelio, afirmando que:

- Es el centro o corazón de las Sagradas Escrituras (nn. 2762-2764).
- Es la “oración del Señor” porque es la oración al Padre tal como nos la enseñó Jesús, el Hijo (nn. 2765- 2766).
- Es la oración de la Iglesia, pues ha sido recibida y vivida por la Iglesia desde los comienzos (nn. 2767-2772). En cuanto oración fundamental de los cristianos, pertenece al depósito de la fe.

“Padre nuestro que estás en el cielo” (nn. 2777-2796)

Esta invocación inicial es expresiva de la audacia filial con la que la Iglesia se dirige a Dios Padre: “nos atrevemos a decir”, proclama la Liturgia eucarística romana. Es la confianza que el creyente siente al acercarse a Dios alentado por Jesús mismo, en el seno de la Iglesia (Padre nuestro). Confianza sencilla y fiel y seguridad humilde y alegre son las disposiciones propias del que reza el “Padrenuestro”, afirma el *Catecismo* (n. 2797). Y nos recuerda la expresión de la “Carta a Diogneto”: “Los cristianos están en la carne, pero no viven según la carne. Pasan su vida en la tierra, pero son ciudadanos del cielo” (n. 2796).

Las siete peticiones (nn. 2803-2854)

“Después de habernos puesto en presencia de Dios nuestro Padre para adorarle, amarle y bendecirle, el Espíritu filial hace surgir en nuestros corazones siete peticiones, siete bendiciones” (n. 2803).

“El primer grupo de peticiones –las tres primeras– nos lleva hacia Él, para Él: tu Nombre, tu Reino, tu Voluntad” (n. 2804), ayudándonos a reconocer su presencia y su gloria; su señorío y potestad; y su designio de salvación, al cual deseamos adecuarnos (nn. 2807-2827).

El segundo grupo de peticiones se desenvuelve en el dinamismo de las plegarias eucarísticas que después ha compuesto la Iglesia. Son cuatro peticiones que nos ayudan a vivir en la historia una relación interpersonal y fraterna.

“La cuarta y la quinta petición se refieren a nuestra vida como tal, sea para alimentarla, sea para sanarla del pecado; las dos últimas se refieren a nuestro combate por la victoria de la vida, el combate mismo de la oración” (n. 2805).

De este modo, el *Catecismo* subraya el carácter doxológico y teologal que prevalece en las primeras peticiones, y el carácter suplicante de las cuatro peticiones de la vida presente y la victoria futura y final.

Para cada una de las siete peticiones, que la tradición litúrgica hispánica concluye o reafirma y refrenda con un solemne “Amén”, el *Catecismo* ofrece una explicación bíblica, eclesial y espiritual, seguida de comentarios de la tradición litúrgica y patristica (cf. Jesús Castellano Cervera O.C.D., en la obra colectiva, *Il Catechismo della Chiesa Cattolica. Dimensione...*, Editrice Vaticana, Roma, pág. 83).

La doxología y el amén finales (nn. 2855-2856)

“Tuyo es el Reino, tuyo el poder y la gloria por siempre, Señor”. Con esta doxología se concluye esta cuarta parte del *Catecismo* dedicada a la oración y todo el *Catecismo*.

Y se añade: “Amén”. El *Catecismo Romano* glosa este “Amén” ampliamente. El CCE lo hace de forma más breve y se apoya en una enseñanza de san Cirilo de Jerusalén, en sus catequesis mistagógicas: “Después, terminada la oración, dices: Amén, refrendando por medio de este Amén, que significa "Así sea", lo que contiene la oración que Dios nos enseñó” (n. 2856). “Con el Amén final expresamos nuestro "fiat" respecto a las siete peticiones: Así sea” (n. 2865).

El Ave María

La oración angélica, el Avemaría, el CCE la explica en un lugar bastante anterior de esta misma 4ª parte, concretamente en los párrafos del n. 2673 al 2679. He preferido hacer referencia a la oración del Avemaría y al sentido mismo de la Virgen en oración (nn. 2617-2619) totalmente al final, como queriendo reforzar la doxología y el amén finales, y todas las enseñanzas del CCE sobre la oración en la vida del cristiano, pues la oración de María “coopera de manera única con el designio amoroso del Padre” (n. 2617). “María es la orante perfecta, figura de la Iglesia. Cuando le rezamos, nos adherimos con ella al designio del Padre, que envía a su Hijo para salvar a todos los hombres. Como el discípulo amado, acogemos en nuestra intimidad a la Madre de Jesús, que se ha convertido en la Madre de todos los vivientes. Podemos orar con ella y orarle a ella. La oración de la Iglesia está como apoyada en la oración de María. Y con ella está unida en la esperanza” (n. 2679).

Reflexión conclusiva

Los comentaristas del CCE, tan numerosos desde el momento de su publicación en 1992, son unánimes en su alabanza y estima para esta 4ª parte del *Catecismo*, considerándolo un texto fundamentalmente muy válido, incluso para la práctica de la relación ecuménica.

Particular interés reviste el hecho de que la elaboración y publicación del CCE por la Iglesia católica haya sido alabado

como un servicio grandemente positivo al diálogo cultural y la relación con los no creyentes que experimentan una sed de clarificaciones y de escucha.

Obviamente el gran servicio de la Iglesia está destinado a los católicos que profesan la fe y quieren vivir el seguimiento de Jesús caminando con toda la Iglesia. Que el *Catecismo* de la Iglesia contemporánea dedique una de sus cuatro partes a la enseñanza de la oración cristiana, con igual dignidad que las partes anteriores, debe suscitar en nosotros gratitud profunda y actitudes nuevas de avanzar en el auténtico sentido de la oración individual y comunitaria.

ANEXO II

CRITERIOS DE REDACCIÓN DEL *CATECISMO*

CHRISTOPH SCHÖNBORN, OP

Cardenal Arzobispo de Viena

Secretario del Comité de redacción del *Catecismo*

Sin entrar en las cuestiones generales: qué es un catecismo, el origen de la catequesis y su historia, me limitaré a exponer¹ algunos aspectos técnicos de la redacción del nuevo *Catecismo de la Iglesia Católica* (primera parte) y subrayaré, luego, algunos grandes temas teológicos que marcan esta obra (segunda parte).

1. Aspectos redaccionales

El plan de este *Catecismo* constaba, al principio, de tres partes. Más tarde, se le añade una cuarta parte, siguiendo el modelo del *Catecismo romano*. Los editores de la edición crítica de este último, Pedro Rodríguez y Raúl Lanzetti² explican muy bien el sentido de la opción realizada por los redactores del *Catecismo de Trento*: subrayan el hecho de que el orden de las cuatro partes reviste gran importancia teológica.

¹ Este capítulo ha sido publicado primero en L'Osservatore Romano (edición española) el 24 de enero de 1992, 10(46)-11(47).

² *Catechismus romanus*, ed., de P. Rodríguez y otros, Librería Editorial Vaticana-Universidad de Navarra, Vaticano-Pamplona 1989.

La secuencia credo-sacramentos-mandamientos-padrenuestro no brota por sí misma. Santo Tomás había explicado, en una catequesis muy simple, predicada en napolitano, el símbolo de los apóstoles, los diez mandamientos y el padrenuestro. Estos tres textos constituyen desde hace mucho tiempo los pilares de la catequesis cristiana³, y la tradición protestante los ha conservado.

El puesto que el *Catecismo de Trento* da a los sacramentos resulta sorprendente, pues les correspondería más bien un lugar en el texto del símbolo de la fe, bajo el artículo de la *communio sanctorum*. Y el Catecismo de la Conferencia episcopal alemana lo coloca precisamente allí. Según los editores del *Catecismo de Trento* dos razones inmediatas llevaron a esta decisión: la urgencia de la doctrina de los sacramentos en la situación del siglo XVI y, ligada a esta razón, la extensión tan desproporcionada que hubiera tenido el texto de la *communio sanctorum*. Pero existe también otra razón, más teológica.

La proporción de las cuatro partes del *Catecismo de Trento* es significativa: 22% para el credo, 37% para los sacramentos (casi el doble), 21% y 20% respectivamente, para los mandamientos y el padrenuestro. Hay, pues, un neto

³ En su *Compendium*, santo Tomás vinculaba estos tres pilares con las tres virtudes teologales: “Tres cosas son necesarias para la salvación: conocer lo que es preciso creer; conocer lo que hay que desear; y conocer lo que es necesario hacer. Lo primero nos lo enseña el Símbolo, en el que se nos transmite el conocimiento de los artículos de la fe; lo segundo, la oración del Señor; y lo tercero, la ley”, Introducción al *Opusculum III: in duobus praeceptis et in decem legis praeceptis expositio*, ed. crítica de J. P. Torre en RSPHTh 69 (1985) 24.

desequilibrio en favor de los sacramentos. Una ojeada al CCE muestra una acentuación distinta: 39% para el credo, 23% para los sacramentos, 27% para los mandamientos y 11% para la oración.

Existen, ciertamente, en uno y otro caso, circunstancias históricas que han condicionado en parte esas diversas reparticiones, circunstancias de la redacción y del desarrollo de las etapas del texto; pero existe también un mensaje teológico y catequético, lo hayan querido los redactores o no: en ambos textos –el *Catecismo de Trento* y el CCE– las dos primeras partes juntas forman cerca del 60% del texto, es decir, casi los dos tercios. Interpretando este hecho, podemos aplicar al CCE lo que los editores dicen del *Catecismo de Trento*: “El orden de la doctrina del *Catecismo de Trento* no tiene en realidad cuatro partes, sino que se nos presenta como un magnífico díptico, tomado de la tradición: aquí, los misterios de la fe en Dios uno y trino profesados (Símbolo) y celebrados (sacramentos); allá, la existencia humana según la fe –la fe operante mediante la caridad– se expresa a través de una regla de vida cristiana (decálogo) y la oración filial (el padrenuestro)”⁴.

El mensaje de este díptico es claro: en la exposición catequética de la fe, cualesquiera que sean el método y la articulación de los contenidos, el primado pertenece a Dios y a sus obras. Lo que el hombre haga, será siempre la respuesta a la obra de Dios. En los catecismos, los *magnalia Dei* constituyen el elemento principal del texto. Se da allí un acento teocéntrico muy neto. La exposición no es sólo doctrinal; es

⁴ P. RODRÍGUEZ, o.c., 28.

también doxológica, es confesión y profesión de los *facta et dicta* de Dios en favor nuestro, por pura gracia.

Hay otra consideración que sirve para subrayar el primado de la gracia. Los editores del *Catecismo de Trento* lo hicieron notar: ¿por qué, en el *Catecismo de Trento*, la fe y los sacramentos de la fe están colocados juntos, antes del texto del decálogo? La respuesta a esta pregunta es, al mismo tiempo, una respuesta a la objeción planteada a menudo contra el plan y el proyecto de un catecismo de la Iglesia católica: ¿por qué servirse del decálogo en la exposición de la moral? ¿No equivale a “volver” al Antiguo Testamento? ¿No se deberían seguir las bienaventuranzas o las virtudes teologales? Los autores del *Catecismo de Trento* tenían el concepto de justificación que expuso el concilio de Trento, al que se debe la opción de la exposición. La justificación está vinculada a los sacramentos del bautismo y la penitencia, que hacen del hombre una nueva criatura, otorgándole “los dones del Espíritu Santo” y, por consiguiente, la gracia y las virtudes.

Traduzco aquí algunas líneas de la hermosa página que los editores del *Catecismo de Trento* dedicaron a esta visión del mismo, cuya inspiración se ha mantenido durante la redacción del CCE: “La opción es evidente: antes de exponer al cristiano lo que debe hacer, encontramos por tanto esta expresión de san León Magno: 'Reconoce, cristiano, tu dignidad'. Pues cuando el fiel conoce el poder sobrenatural que proviene de su ser en Cristo por medio del Espíritu Santo, es cuando puede comprometerse con corazón confiado, sin miedo servil, en el ejercicio y en el crecimiento de la existencia cristiana que propone el decálogo (...). Sin la doctrina cristiana de los

sacramentos, que precede y comprende también la enseñanza acerca de la Iglesia y acerca de la justificación, los mandamientos del decálogo parecen superar las fuerzas del hombre. Pero apoyados en la fe y en los sacramentos, su consideración se llena de confianza y de fuerza”.⁵

“Ahora bien, a pesar de su autoridad romana, este plan (del *Catecismo de Trento*): símbolo-sacramentos-mandamientos no se conservará en la catequesis católica”⁶. Será mucho más frecuente la secuencia: credo-mandamientos-sacramentos. Ciertamente, este plan puede inspirarse en el *De catechizandis rudibus* de san Agustín. Está confirmado por la autoridad de san Pedro Canisio, pero no carece de peligros: “Este plan, en que el decálogo sigue al credo y precede a los sacramentos, refleja menos una tendencia particular que la tendencia general del siglo XVIII hacia el moralismo. La segunda parte crecerá como un pulpo con recomendaciones y prescripciones morales, a pesar de reducir las partes dedicadas al Símbolo y a los sacramentos”⁷. El nuevo CCE, ¿compartirá el destino del *Catecismo de Trento*, siendo “admirado, pero no imitado”?

⁵ *Ib*, 26-27; cf P. RODRÍGUEZ, *El sentido de los sacramentos según el Catecismo romano*, *Scripta Theologica* 9 (1977) 951-984.

⁶ J. R. ARMOGATHE, *De la loi à l'Amour*, *Communio* XVII/1 (1992) 5.

⁷ *Ib*, 6.

2. Los grandes temas teológicos

Cuando en 1989, el “proyecto revisado” del CCE “fue sometido a la consulta de todo el episcopado católico, una de las principales críticas que formuló un grupo de teólogos norteamericanos afirmaba que dicho proyecto no respetaba el principio de *la jerarquía de verdades*”⁸.

En el examen de las críticas y las sugerencias hechas por los obispos y sus expertos, la comisión del Catecismo se ocupó en particular de esta cuestión relativa a la jerarquía de las verdades. En su informe al Sínodo de los obispos, el 27 de octubre de 1990, el cardenal Ratzinger, en calidad de presidente de dicha comisión, resumió así su respuesta: el plan mismo de este *Catecismo* es una expresión de la jerarquía de verdades: los cuatro pilares de la catequesis lo articulan ya de una manera orgánica, porque, para respetar la jerarquía de las verdades, lo que importa es el carácter orgánico de la exposición y no, como al parecer piensan algunos críticos, los grados de certeza.

En efecto, es preciso distinguir claramente entre jerarquía de las verdades y grados de certeza. El *Catecismo*, ciertamente, debe evitar dar la impresión de que todas las afirmaciones que contiene revisten el mismo grado de certeza. No sería ni útil ni deseable indicar en cada momento estos grados (*de fide*, *de fide definitiva*, *sententia communis*, etc.). El grado de certeza de las doctrinas debe, más bien, resaltar por el

⁸ *The Universal Catechism Reader. Reflexions and responses*, ed. Por TH. J. Reese, Harper, San Francisco 1990.

contexto, por el modo de exponer y por la autoridad doctrinal de la afirmación.

Más importante para la catequesis es el principio del carácter orgánico de la exposición. ¿Ha logrado el CCE satisfacer esta exigencia? Corresponderá a los lectores juzgarlo. Aquí quisiera simplemente dar algunas indicaciones que atañen a la articulación del conjunto del texto.

¿Hay un hilo que enhebre todo el Catecismo? Ciertamente, no se buscó de manera explícita. Pero, de seguro, el tema de la *economía divina* atraviesa las cuatro partes como un *leitmotiv*. Así, la primera parte expone ante todo la economía de la revelación, que culmina en el misterio de Cristo. La estructura trinitaria del símbolo de los apóstoles es la expresión del carácter trinitario de la economía divina. En el primer artículo del Símbolo (“Creo en Dios Padre”) el CCE profesa ante todo las verdades que se refieren a la verdad misma de Dios en su misterio trinitario⁹. Toda la economía divina no tiene otra fuente y objetivo que esta vida infinitamente feliz; la economía se articula, por consiguiente, según los grandes momentos de la comunicación de esta vida: la obra de la creación y del gobierno divino (la providencia), la obra de la redención por medio de Jesucristo, y la obra de la santificación en el Espíritu Santo, por medio de la Iglesia.

La segunda parte prolonga explícitamente esta perspectiva de la economía: en el tiempo de la Iglesia se convierte en *economía sacramental*. Todo el conjunto de la vida litúrgica aparecía, bajo el aspecto de la “dispensación del

⁹ Nn. 232ss.

misterio”: los signos y los tiempos, los sacramentos y los sacramentales.

El tema de la economía es menos visible en la tercera parte. Aparecería sobre todo en los artículos sobre la ley y la gracia, que tratan más específicamente sobre las disposiciones divinas para ayudarnos a vivir según Dios. Y se halla muy presente en la cuarta parte.

Si la economía divina constituye una especie de hilo que conecta todo el CCE, esta economía gravita en torno a un centro: el *misterio trinitario*. He aquí lo que dice el *Catecismo*: “El misterio de la santísima Trinidad es el misterio central de la fe y de la vida cristiana. Es el misterio de Dios en sí mismo. Es, pues, la fuente de todos los otros misterios de la fe; es la luz que nos ilumina. Es la enseñanza más fundamental y esencial en la “jerarquía de las verdades de la fe” (*Directorium catechisticum generale* 43)”¹⁰. Y el CCE cita el número 47 de este mismo *Directorium*: “Toda la historia de la salvación no es otra cosa que la historia del camino y los medios por los cuales el Dios verdadero y único, Padre, Hijo y Espíritu Santo, se revela, reconcilia consigo a los hombres, apartados por el pecado, y se une con ellos”.

Así pues, ser fiel a la “jerarquía de verdades” es ante todo prestar atención a la articulación trinitaria de la exposición. La redacción ha tratado de poner de relieve los vínculos de las verdades de la fe con su fundamento trinitario, señalando más en particular los textos sobre la creación, la Iglesia, la liturgia y la oración.

¹⁰ N. 234.

Además del misterio trinitario, hay un segundo fundamento, al que deben referirse, en su jerarquía, las demás verdades de la fe: el *misterio de Cristo*. Si se puede decir que este *Catecismo* es profundamente trinitario, con igual verdad se puede decir que es también cristocéntrico.

“En el centro de la catequesis encontramos esencialmente una persona, la de Jesús de Nazaret, unigénito del Padre”. “Hay que decir que en la catequesis lo que se enseña es a Cristo, el Verbo encarnado e hijo de Dios, y todo lo demás en referencia a él”. Estas palabras, bastante conocidas, de la *Catechesi tradendae*¹¹ indican claramente que se debe aplicar el principio de la jerarquía de las verdades: referir al fundamento, que es Cristo, porque, como dice también el mismo número 5: “Sólo Él puede conducirnos al amor del Padre en el Espíritu y hacernos partícipes de la vida de la santísima Trinidad”.

Enseñar a Cristo tiene como finalidad “poner en comunión” con él. Toda la cristología del CCE está puesta bajo el signo de nuestra comunión en el misterio de Cristo. La concepción y el nacimiento, la vida oculta y la vida pública, la pasión y la resurrección de Cristo se exponen en la perspectiva de los “misterios de la vida de Cristo”. Sin limitarse a la imitación de Cristo, los “misterios de la vida de Cristo” se nos ofrecen como una invitación a una comunión de vida.

El siguiente es un texto clave del CCE¹², que hace referencia a un texto clave del Vaticano II, a menudo citado por Juan Pablo II: “Todo lo que Cristo vivió hace que podamos

¹¹ Nn. 5 y 6.

¹² N. 521.

vivirlo en él y que él lo viva en nosotros (...). “El hijo de Dios con su encarnación se ha unido en cierto modo con todo hombre”¹³. Nos hace comulgar en cuanto miembros de su cuerpo en lo que él vivió en su carne por nosotros y como modelo nuestro”.

“Miembros de su cuerpo”: en esta perspectiva de comunión de vida se presentan los sacramentos. Dos palabras, una de la Escritura, y otra de la tradición patristica, indican claramente esta manera de ver. En el número 1116 se dice: “Los sacramentos como ‘fuerzas que brotan’ del cuerpo de Cristo¹⁴ siempre vivo y vivificante, y como acciones del Espíritu Santo que actúa en su cuerpo, que es la Iglesia, son las ‘obras maestras de Dios’ en la nueva y eterna alianza”. Y en el número 1115 se lee: “Los misterios de la vida de Cristo son los fundamentos de lo que en adelante, por los ministros de su Iglesia, Cristo dispensa en los sacramentos, porque ‘lo que era visible en nuestro Salvador ha pasado a sus ministerios’¹⁵”.

Los sacramentos de Cristo prolongan los misterios de su vida y nos hacen comulgar con ella. Son las fuerzas que brotan de su cuerpo, que es la Iglesia. No es, por tanto, sorprendente que el texto acerca de la Iglesia se sitúe en la misma línea. La exposición cristológica favorece una visión sacramental de la Iglesia, pueblo de Dios, cuerpo de Cristo y templo del Espíritu Santo; visión divino-humana de la Iglesia, según la analogía del Verbo encarnado¹⁶. La fe y los

¹³ GS 22.

¹⁴ Cf Lc 5,17; 6,19; 8,46.

¹⁵ SAN LEÓN MAGNO, *Sermo* 74, 2.

¹⁶ Cf. LG 8.

sacramentos, en este *Catecismo*, se presentan en su articulación orgánica a partir del doble fundamento, trinitario y cristológico.

Se criticó el *Proyecto revisado* de 1989 por separar demasiado la fe y la vida, al tratarlas en dos partes diferentes, la primera y la tercera. Espero haber mostrado que era otra la intención que guiaba la elección del plan: la de hacer comprender que la vida cristiana nace como respuesta libre del hombre a los dones y a las llamadas de Dios, respuesta que hacen posible la fe y los sacramentos.

La primera sección de la tercera parte, la “moral fundamental”, está construida en la perspectiva del actuar del hombre y el actuar de Dios. El punto de partida aquí es la vocación del hombre a la bienaventuranza, al igual que la primera parte había comenzado con el tema de la búsqueda de la felicidad. Después se explica el mecanismo del actuar libre, del hombre: la libertad misma, sin la cual no hay responsabilidad y, por tanto, actos buenos y malos; la conciencia moral, juicio de la razón sobre nuestros actos; las virtudes humanas generadas por actos buenos repetidos; las virtudes teologales, infundidas por Dios; y, finalmente, los actos equivocados, los pecados. La perspectiva comunitaria del actuar humano se desarrolla, luego, a la luz de la *Gaudium et spes* y de los documentos pontificios.

Con todo, sin la ayuda de la ley divina que lo instruye y la gracia divina que lo eleva, el hombre no sabría dar una respuesta adecuada a la llamada de Dios. No se podría ocultar que este plan de la “moral fundamental”, además de en la *Gaudium et spes*, se inspira sobre todo en la *Summa Theologiae* de santo Tomás de Aquino. Esta opción es

plenamente consciente. Permite articular admirablemente, de manera orgánica, la libertad del hombre y la gracia divina, cuya “synergía”, cooperación, es lo único que puede conducir al fin al que están llamados todos los hombres: la santidad¹⁷.

La perspectiva de las virtudes humanas y teologales caracteriza también el texto de los diez mandamientos. En todos los mandamientos la exposición no comienza con las prohibiciones, sino con las virtudes correspondientes: así, el primer mandamiento comienza con las virtudes teologales y la virtud de la religión; el cuarto, con la piedad filial; el sexto, con la castidad; el séptimo, con la justicia; el octavo, con la veracidad. No se podría decir que la decisión tomada por la comisión de mantener los diez mandamientos como marco de la catequesis moral haya ido en detrimento de las virtudes. Y, leyendo los artículos sobre el noveno y el décimo mandamientos, podemos notar que el decálogo desemboca en las bienaventuranzas, principalmente en la primera, la de los pobres de espíritu, a los que se les ha prometido el reino de los cielos.

Esta será seguramente la perspectiva de la cuarta parte. Aún reconociendo “la llamada universal a la oración”¹⁸, a la que corresponde el deseo innato de la oración, la exposición sobre la oración está penetrada por el espíritu de las bienaventuranzas. Antes de terminar estas anotaciones sobre las grandes líneas y los criterios de la redacción del CCE, quiero atraer la atención sobre un hecho nuevo. Se podían decir muchas cosas acerca de los *nova et vetera* de este *Catecismo*, a

¹⁷ Nn. 2012-2016.

¹⁸ N. 1566.

la vez muy tradicional y muy nuevo. Un punto, a mi parecer, merece atención particular: la presencia, poco común en este género de documentos, de numerosos testimonios de santos y santas.

Sólo los santos son lo bastante universales, católicos, como para decir a todos las verdades de la fe. ¿Cómo no estar convencidos de que las palabras de santos como santa Catalina, santa Teresa de Jesús o “la florecita” tendrán la fuerza necesaria para atravesar todos los confines culturales y humanos, a fin de decir a todos, con un lenguaje inflamado por el amor a Cristo, las verdades antiguas y siempre nuevas de la buena nueva de Cristo?

Hay temporadas de mal humor, cuando se está deprimido o se tiene debilidad cerebral en las que queriendo pensar no se puede; y hay días en los que Dios permite grandes tempestades para mayor bien de sus siervos; entonces, aunque se afligen e intentan relajarse, no pueden ni están en lo que dicen por mucho que se esfuercen ni pueden mantener la atención y están alterados y nerviosos como si tuvieran frenesí.

En la pena que les producen estas situaciones, comprenderán que no es culpa de ellos, no se fatiguen pues, que es peor, ni se cansen queriendo que discurra el entendimiento cuando no puede razonar, sino rece entonces como pueda, o incluso no rece, sino como una persona enferma, procure dar alivio a su alma y dedíquese a otra obra de virtud.

Lo que nosotros podemos hacer es procurar estar solos..., a fin de que nos demos cuenta de con quién estamos y de lo que responde el Señor a nuestras peticiones. ¿Pensáis que está callado? Aunque no le oímos, bien que habla al corazón cuando le pedimos de corazón.

Te refa de Jesús

ANEXO III

DECÁLOGO PARA ORAR SEGÚN EL *CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA* (CCE 2559-2709)

Ángel Rubio Castro
Obispo de Segovia

- 1. La oración acompaña** a toda la Historia de la Salvación como una llamada recíproca entre Dios y el hombre. Dios es quien primero llama al hombre y la iniciativa del hombre es siempre una respuesta. Todas las religiones dan testimonio de esta búsqueda esencial de los hombres.
- 2. En la oración** hay que comenzar por saber escuchar con el corazón, las palabras tienen un valor relativo. No se ora para que Dios realice tus planes sino para que tú interpretes los planes de Dios. De este modo surge, desde el principio, uno de los aspectos de la tensión dramática de la oración: la prueba de la fe en Dios que permanece siempre fiel.
- 3. La oración tiene su técnica.** Jesús nos enseña a orar con un corazón limpio, una fe viva y perseverante, una audacia filial. Nos recomienda la vigilancia e invita a presentar nuestras peticiones a Dios en su nombre. Él mismo escucha las plegarias que se le dirigen.

4. **La oración de bendición y de adoración** es la respuesta del hombre a los dones de Dios. Porque Dios bendice, el corazón del hombre puede bendecir a Aquel que es la fuente de toda bendición y le adora porque se reconoce criatura ante el Creador. Adorar es sentirse pequeño y bendecir es decir y hablar “parabienes”.

5. **La oración de petición pide perdón para volver hacia Dios**, busca y acoge el Reino para cooperar a su venida, reclama y llama con insistencia, invoca, clama, grita... Cuando se participa en el amor salvador de Dios cualquier necesidad verdadera puede convertirse en objeto de petición.

6. **La oración de intercesión** nos conforma muy de cerca con la oración de Jesús, consiste en una petición a favor de otro. No conoce fronteras, no busca su propio interés, se extiende hasta los enemigos. En el tiempo de la Iglesia, la intercesión cristiana participa de Cristo, es la expresión de la comunión de los santos.

7. **La oración de acción de gracias** caracteriza la oración de la Iglesia que al celebrar la Eucaristía manifiesta y se convierte cada vez más en lo que es. Toda alegría y toda pena, todo acontecimiento y toda necesidad, pueden ser motivo de oración de acción de gracias. Unidos a Cristo, la vida entera es acción de gracias.

8. **La oración de alabanza** es la forma de orar que reconoce de la manera más directa que Dios es Dios. Se canta por Él mismo, se da gloria no por lo que hace sino por lo que Él es. Es una oración totalmente desinteresada y participa en la bienaventuranza de los corazones limpios que aman a Dios en la fe antes de verle en la gloria.

9. **La oración vocal** responde a una exigencia de nuestra naturaleza humana. Somos cuerpo y espíritu y experimentamos la necesidad de expresar exteriormente nuestros sentimientos. Es la oración por excelencia de las multitudes por ser exterior y tan plenamente humana. Incluso la más interior de las oraciones no podría prescindir de la oración vocal.

10. **La oración-meditación** es una búsqueda orante que hace intervenir al pensamiento, la imaginación, la emoción, el deseo para adherirse y responder a lo que el Señor pide. Habitualmente se hace con la ayuda de algún libro espiritual, especialmente la Sagrada Escritura. Suele llevar a la oración contemplativa, que es una mirada de fe, fijada en Jesús, una escucha de la Palabra de Dios, un silencioso amor.

Sólo os pido que le miréis. Pues ¡quién os impide volver los ojos del alma, aunque sea rápidamente si no podéis deteneros más, a este gran Señor? Podéis mirar cosas muy feas, ¿y no vais a poder mirar la cosa más hermosa que se puede imaginar? Pues nunca aparta vuestro Esposo sus ojos de vosotras..., ¿es mucho pedir os que apartando los ojos de las cosas exteriores, le miréis algunas veces a él? Mirad que no está esperando otra cosa, como dice a la esposa en los Cantares, más que le miremos. Cuando queráis le encontraréis. Desea tanto que le miremos que no quedará por él.

tereja de jesus

ÍNDICE GENERAL

Presentación	5
Objetivo general	23
Objetivo específico	31
Acciones a realizar	45
Anexo I	
Oración y Catequesis en el <i>Catecismo de la Iglesia Católica</i>	51
Anexo II	
Criterios de redacción del <i>Catecismo</i>	73
Anexo III	
Decálogo para orar según el <i>Catecismo de la Iglesia Católica</i> (CCE 2559-2709)	87

Lo que medita por la mañana, tráigalo presente todo el día, y en esto ponga mucha diligencia, porque hay gran provecho.

tereza de jesu



**VIRGEN INMACULADA,
MADRE DEL BUEN PASTOR:
¡RUEGA POR NOSOTROS!**

